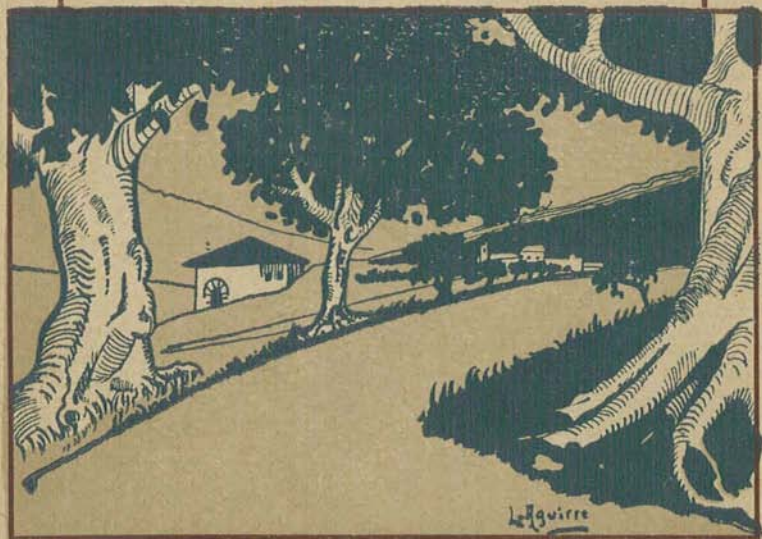


GUILLERMO GARCÍA VILAPLANA



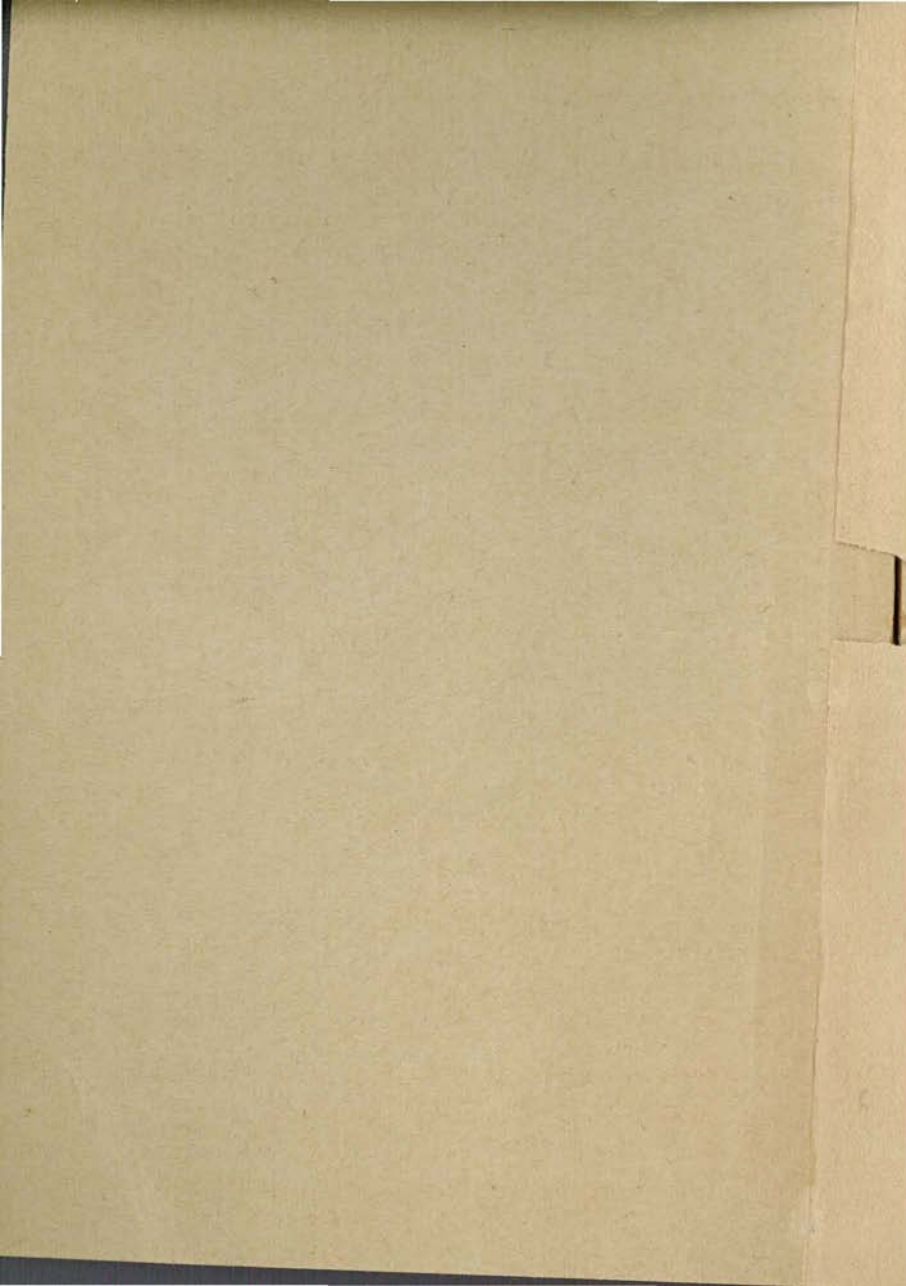
María de la Luz

La Maestra

BOCETO DE NOVELA PEDAGÓGICA

Prólogo de D.^a Natividad
Domínguez, de Roger +

Castellón: Imprenta de JUAN BTA. MAS: Balbas, 13



R. 1.070

C-4

85

326

MARÍA DE LA LUZ ==
LA MAESTRICA

LIBRERÍA DE 1.ª Y 2.ª ENSEÑANZA
Viuda de Benjamín Ballester

Falcó, núm. 4-CASTELLON-Teléfono, 241

+++++

Gran surtido en Libros Modernos de
PEDAGOGÍA, LITERATURA
DICCIONARIOS
Y OBRAS DE CONSULTA

Material moderno para la enseñanza de las ciencias
Se reciben encargos de trabajos de Imprenta y Encuadernación

+++++

“EL LIBRO DE LA ESCUELA”

ENCICLOPEDIA EN TRES GRADOS
PUBLICADA POR LA ASOCIACIÓN DE MAESTROS
NACIONALES DE CASTELLÓN

: LA MAS NUEVA : LA MAS SOLICITADA
LA MAS COMPLETA LA MAS ECONÓMICA

María de la Luz
La Maestrica

BOCETO DE NOVELA PEDAGÓGICA

POR

Guillermo García Vilaplana



Primer premio del Concurso celebrado por la Asociación
Provincial de Maestros Nacionales de Castellón de la Plana



Guillermo García Vilaplana

PRÓLOGO

de D.^a Natividad Domínguez, de Roger

Directora del Grupo Escolar Cervantes de Valencia

y Presidente de la Federación de Maestros

Nacionales de Levante



CASTELLON-1925

Imprenta de Juan Bautista Mas, calle de Bolbas, 13

A la prestigiosa Federación de
Maestros Nacionales de
Levante, con todo afecto.

El Tutor.

Cuasi prólogo

No me atrevo a llamar prólogo a las siguientes líneas. Porque ni es estudio de la novela, ni presentación del autor, ni crítica del trabajo... sino que apenas van a ser breves palabras representativas de mi entusiasmo por una Asociación de Maestros que, además de atender con la escrupulosidad debida a todos sus complejos deberes societarios, aun le queda tiempo, actividad y dinero para laborar en pró de la cultura y de cuanto signifique enaltecimiento y prestigio de la Escuela Nacional.

* * *

El amistoso requerimiento de mi ilustre y estimado compañero D. Emilio Monserrat García, Presidente de la

Asociación de Maestros de Castellón, me obliga a poner mi nombre en las páginas de este boceto de novela de costumbres y escenas escolares premiada en concurso por aquella Asociación.

No es la primera vez que esta entidad pujante siente las ansias del pensamiento, columbra una vida espiritual llena de anhelos y estimula al trabajo literario con el señuelo de preciadas recompensas, a los que, contempladores de la naturaleza y observadores de la vida, saben hablar de una y de otra con belleza, amor y poesía.

Y al calor de este estímulo, de este noble acicate, surge en el amigo y compañero Guillermo García Vilaplana un brote de alma ansiada de recoger el exterior, aspirarlo como flor aromosa, asimilarlo como esencia propia y proyectarlo luego en forma de pedagogía hablada en una novelación, en una obrita de un sentimentalismo sincero.

Editada con primoroso y exquisito gusto por la Asociación provincial del Magisterio Castellonense, bien merece

esta cultísima agrupación el homenaje de efusivas admiraciones que con todas las fuerzas de mi alma le dedico. Y es que esta entidad quiere favorecer y ayudar siempre a los maestros que hacen versos, que imaginan novelas, que descansan de sus rudas tareas con divertimientos críticos, con disquisiciones filosóficas: proteger, en fin, a todos cuantos se dedican a ocupaciones intelectuales reveladoras de una fina espiritualidad.

Toda esta enorme labor de cultura la realiza con una generosa indulgencia, que es el resorté invisible que mueve su facultad de comprensión, y en el jurado de todos sus certámenes literarios siempre campea la serena lucidez del entendimiento y el alentador prestigio de la bondad.

Bien merecen imitarse las luminosas iniciativas de la Asociación Castellonense inspiradas todas en el anhelo de, glorificándola, popularizar la figura del maestro de instrucción primaria que no podrá nunca dejar de ser grande e im-

portante en la vida del mundo, porque le basta para su grandeza la consideración de que a su trabajo se ha encomendado la formación de las almas de los futuros hombres.

Por estas felices iniciativas reciban entusiastas plácemes la Asociación de maestros nacionales de Castellón y en particular su dignísimo Presidente don Emilio Monserrat García. Por secundarlas con su labor, recíbalos también Guillermo García Vilaplana al que deseamos no ceje en estos ensayos de escritor, no se detenga en estos esbozos de espontánea literatura y siendo, como nos parece que es, un lírico de la sencillez, llegue a ser un novelista que aporte caracteres de genuina representación humana, que alcance personalidad bien definida, que viva en la memoria de todos.....

Natividad Dominguez
de Roger.



MARÍA de la Luz! ¡María de la Luz!—dijo apenas perceptiblemente la Señá Carmela, aquella madre buenísima que adoraba en su hija.

María de la Luz se removió bajo la colcha de su cama y preguntó:

—¿Qué hora es, madre?

—Las nueve.

—Que tal el día. ¿Hace sol?—Preguntó con impaciencia.

—Una mañana que es una bendición de Dios, hija mía; no te he llamado antes porque anoche estuviste con la luz encendida yo no se hasta qué hora.

—Estudiando madre; de un momento a otro se anunciarán las oposiciones y hay que estar prevenida.

La Señá Carmela entró, cruzó la habitación, abrió la ventana, y el sol penetró triunfador en aquella estancia iluminándola con diafanidad portentosa; fué a chocar el rayo luminoso con el espejo del tocador y se reflejó sobre el suelo policromado, llevando tras sí millones de partículas que vagaban por el espacio como estela de polvillo de oro.

Era una habitación relativamente pequeña pero atendida con solicitud y decorada con el mejor gusto.

La joven maestra, sintió, al ver la luz del sol, revivir todas las ilusiones de su juventud. Se incorporó, se santiguó, asomó a sus labios una oración y empezó seguidamente, la tarea de vestirse.

HABÍA nacido María de la Luz, en un pueblo costero y luminoso de Levante. Hija de una familia artesana, honrada, humilde y laboriosa, pudo, por ser hija única, además de disfrutar de los caprichos de una niñez mimada, ingresar en un colegio de lujo y fama de la capital. Adquirió en dicho aristocrático colegio una educación muy aparente. Pintaba regular a la acuarela, tecleaba el piano con ribetes de pianista, y hasta sabía pronunciar algunas frases en francés «Bon jour monsieur» que unido, todo esto, a un carácter aniñado, muy femenino, de una sinceridad maravillosa, se atraía las simpatías de cuantas personas la conocían y trataban.

Así salió del colegio a los catorce años para estudiar, según su vocación la carrera del Magisterio. Cursó y cumplió admirablemente, con asiduidad y aprovechamiento la misión de estudiante, obteniendo nota de sobresaliente, en casi todas las asignaturas, de aquel cúmulo de asignaturas que precisaba aprobar para obtener el título de Maestra, nueve en cada curso, que constituían un plan antipedagógico, puesto que acababan por formar un maremagnum en la cabeza mejor constituída y equilibrada.

Al fin de cuatro cursos, fué maestra María de la Luz. Oyó repetidas veces de labios de sus meritísimas profesoras esta frase sacramental: «En manos de los maestros y aun más de las maestras está el porvenir del mundo» ¡pues no era ella nadie!

Porque eso sí, ella estaba convencida del valor de aquellas esperanzadoras palabras. A poco que se meditara la significación de aquellas frases, saltaba a la vista que la formación espiritual que hoy recibieran las niñas, había que

influir directamente en el bien o en el mal de la sociedad de mañana. ¿Quién sino las maestras tenían que educar a las niñas de hoy, futuras madrecitas, preparando así todo un porvenir?

Sin embargo, no acertaba a comprender cómo una cosa tan clara, tan sencilla, tan evidente, tardara tiempo y tiempo en llegar, con la intensidad debida, al corazón del pueblo para que éste se apresurara a reparar y atender debidamente la enseñanza nacional.

María de la Luz, sin ser una mujer espléndidamente hermosa, era una rubita vivaracha y simpática, de abundante cabello dorado y finísimo que peinaba con una gracia especial, unos ojos grandes, rasgados, reflejándose en ellos las luminosidades de aquel cielo eternamente azul y la sensibilidad de un alma exquisita, piel blanca y finísima, facciones correctas, de regular estatura y formas deliciosamente proporcionadas.

Todos sus movimientos tenían la característica de estar dotados de cierta agilidad que recordaba, en ciertos mo-

mentos, la graciosa travesura y movilidad de los simpáticos gorriones.

María de la Luz, al regresar al pueblo, después de obtener el triunfo en el último «sobresaliente» de la carrera, no cabía en sí misma de gozo, se sentía, si cabe, hasta más mujer por haber logrado su ideal, ser maestra, y abrazaba enternecida por una alegría incomparable a sus padres y a sus numerosas amigas que salieron a recibirla a la estación y que daban vivas y aplausos a la futura gloria nacional de la pedagogía moderna. Así, así faltaban muchas maestras en España...

Le sobraba razón a su madrina, doña Adyutorio, cuando decía:

—La niña, debe ir a la Escuela Superior del Magisterio, establecida allá en Madrid, donde reside la Corte, la Nobleza y toda la gente bien, los intelectuales y los potentados. Esta es una escuela especial para *hacer* Inspectores y Profesores de Normales (frase auténtica de doña Adyutorio) única salida brillante que tiene la carrera del Magisterio

para la juventud lista y estudiosa que, como su ahijada, contaba con diez y nueve primaveras y un caudal inmenso de nobles y altísimas aspiraciones. Una vez ingresada en aquella escuela, allí se encargarían de la formación y colocación de la profesora.

De tan alto renombre llegó a disfrutar la mencionada escuela Superior del Magisterio que, algunos estudiantillos, primerizos en las Normales, pedantes, por lo menos los que procedían de familias venidas a menos, aseguraban muy enfáticamente a los amigos, que ellos no estudiaban para maestros, cosa que al parecer lo tenían a deshonor, sino que estudiaban para Inspectores o Catedráticos, lo cual, claro está sonaba a pura fanfarronería, puesto que ello era como si un seminarista nos asegurara o tratara de convencernos que estudiaba para Obispo o Cardenal.

Dos intentos de ingreso fracasados en la retumbante Escuela Superior del Magisterio, hicieron volver aquellos ojos azules con puntitos de oro, a la escuela

primaria. ¿Por qué no? Al fin, allí estaba la verdadera obra de regeneración, en la primera enseñanza, en la escuela única, en la Escuela Nacional. Hacer de las niñas mocosillas, mujeres conscientes, librándolas de la esclavitud de la ignorancia, abriéndolas a la vida horizontes inagotables de virtud y saber era labor meritísima, pero no con retóricas de libracos, algunos perjudiciales, hechos más para el negocio que para la enseñanza, abstractos e incomprensibles, ni en repetir a todas horas palabras incoherentes para aquellas infelices criaturas indefensas, sino primero observar y conocer, medir las cualidades personales haciendo así el diagnóstico pedagógico de cada alumna, para poder después, equilibrar las facultades con métodos y procedimientos, con explicaciones amorosas y demostrativas sobre casos prácticos e ir despertando y a la vez llenando la curiosidad infantil, cuya memoria «como una inmensa página en blanco» pudiera ser llenada con facilidad de conocimientos útiles y pro-

vechosos y por la educación, armonizar la inteligencia con todo lo moral, lo físico con lo inmaterial y con aquellas niñas desgraciadas, torpes, retrasadas mentales, víctimas inconscientes de la casualidad o la herencia, volcar sobre ellas todo el cuidado y amor de su vocación, envolviéndolas a todas, constantemente en un hálito de amorosa benevolencia y sacrosanta misericordia...

Sí, sí, allí en la Escuela Nacional estaba la base fundamental del mejoramiento de la sociedad y allí quería estar ella.

Había que acudir con solicitud patriótica a levantar la institución de la Escuela Nacional, menospreciada todavía por muchos ¡Dios sabe por qué!

Ella se convertiría en *escultora* de almas, formando caracteres con su trabajo pedagógico, salvando en lo posible, a las generaciones donde todavía gravita la carroña de la ignorancia, incultura e inercia y lucharía en su escuela hasta trocar estas desidias y calamidades en energía, inteligencia y voluntad.

Para ella este trabajo era el mejor medio de cumplir con el deber patriótico, el más positivo medio de hacer patria.

Ansiaba que llegara el momento deseado de tener una Escuela Nacional en propiedad, aunque sabía que para ello, tenía que aprobar oposiciones terribles por largas y pesadas, en las que mujeres más fuertes que ella y almas bien templadas habían perdido parte de fé en la justicia y agotaban energías en unos ejercicios interminables, pero aun convencida de esta amarga realidad ansiaba la lucha, estudiando sin descanso, sin arredros, de día, con apuntes paseando por la playa de aquel mar siempre rizado de espumas, por donde cruzaban por lontananza los buques nimbados de humo y más a la orilla, las barcas pesqueras con sus velas blancas, inquietas e hinchadas como poéticas e inmensas gaviotas y por la noche, en su cuarto de estudio desde la primavera hasta el otoño, con las ventanas abiertas, por las que entraban a rauda-

les, a bocanadas, los perfumes fragantes, como caricias a su espíritu, del azar de los naranjos y limoneros...

Y era feliz así, apartada de todo «mundanal ruido» con la amorosa esperanza y la fé puesta en conseguir su noble empeño que constituía su único ideal, y en estos ratos de estudio y meditación que llegaban hasta al ensueño, se imaginaba rodeada de muñequitas alegres y vivaces que la llamaban con vocecitas de ángel «mi maestra» y ella se sentía orgullosa como un Spencer, fuerte como un Rousseau, sensible y misericordiosa como un Pezталozzi.

Algunos días encontraba en sus cotidianos paseos por la playa, al doctor Izaguirre, una mentalidad en medicina residente en Madrid y que solía pasar alguna temporada en Torrenuestra, particularmente, cuando el Gobierno de Su Majestad, le encargaba alguna Memoria sobre los bacilos de alguna enfermedad o bien otra misión semejante que le obligaba a apartarse del bullicioso movimiento de la Corte para reconcentrar

su espíritu y atención en las investigaciones científicas para los trabajos encomendados.

Era el doctor Izaguirre, por la vida que hacía en el pueblo, tildado de retraído y huraño, aparentaba unos cuarenta años, aunque en realidad tenía algunos menos, moreno, de facciones duras, con barba hirsuta y cejas pobladas, abundantes, que ofrecían a su rostro un aspecto de acritud y aspereza que contrastaba con la dulzura de un mirar sereno y profundo. Sus ojos, bajo el toldillo de aquellas cejas enmarañadas, parecían esmeraldas con luz clara y apacible por las que se asomaba un alma inmensa. Vestía traje de playa, sin pretensión, limpio, aunque de toda su persona se exhalaba un algo de despreocupación y abandono.

El doctor y la maestra se hablaron por primera vez, una tarde que María de la Luz, quiso subir a un montículo de piedrás sueltas y resbaladizas para divisar mas extensión de mar y luego, al querer bajar, vió el peligro en que

ella misma, inconscientemente, se había colocado y el doctor Izaguirre, que acertó a pasar por allí, en aquel instante, al notar la zozobra y la inquietud de aquella señorita, la que él conocía por «la graciosa e interesante señorita del libro», acudió presuroso, con solicitud caballeresca en su auxilio, ofreciéndole su ayuda, para lo que, al subir hasta ella, le extendió con distinción y galantería su mano fuerte y velluda.

María de la Luz, con amable sonrisa y gracioso azoramiento le expresó el susto que había llevado por su atrevida ascensión, dándole las gracias por tan oportuna ayuda. Desde entonces se conocieron y al principio solo alguna que otra vez, se veían, pero después, menudearon los encuentros *casuales* y se trataron con frecuencia.

Gustaban de encontrarse (por *casualidad*) y la maestra, pedía al doctor, con interés, que le hablara de su ciencia. Aquellos mundos desconocidos para ella de bichejos microscópicos de los que él hablaba, tenían una trascendencia ex-

traordinaria; ellos eran los causantes de todas las enfermedades que padecía el hombre, mientras éste atendía ciega y torpemente a las cosas de bulto, que saltaban a simple vista, sin prever que lo invisible, lo microscópico era de una importancia suprema y decisiva.

Todas las enfermedades eran producidas por ciertos protozoos que entablaban una lucha encarnizada, insistente, cruenta con el organismo del hombre y del resultado del combate, se manifestaba la enfermedad, vencedor el microbio, o al contrario, pasaba desapercibido el microbio, siendo entonces vencedor el organismo humano.

Cuando el doctor daba estas lecciones, lo hacía con tanta naturalidad, con tanto acierto y sencillez, que alejaba toda idea de pedantería. Las palabras fluían a sus labios con espontaneidad maravillosa que acompañaba siempre con su característica sonrisa de bondad y simpatía.

Sobre los extragos causados al hombre por el alcoholismo y otras enferme-

dades, hoy tan en boga, el doctor se detenía en observaciones luminosas y atinadas expuestas con mano maestra describiendo el cuadro de dolor y de desolación que acarreaban estas terribles calamidades al hogar de las víctimas y sus herederos.

La higiene ¡oh la higiene! la que tan abandonada tenían todavía los hombres del siglo veinte, era la única contención, que a modo de dique, podía evitar la depauperación que lentamente amenazaba exterminar la raza.

Oía la maestra extasiada aquellas exposiciones que demostraban conocimientos tan profundos, expuestos con sencillez sorprendente, henchidas las ideas de luz y de ciencia, en las que aquel hombre de aspecto hosco, revelaba poseer un alma de artista, un talento portentoso y un acendrado amor al prójimo.

Cada día, aquellos dos espíritus se aproximaban más.

Una tarde, al regresar al pueblo, cuando los últimos resplandores del astro

rey se reflejaban en las susurradoras y poéticas aguas del Mediterráneo como movedizas llamaradas de fuego, María de la Luz, quedó sorprendida por unas palabras temblorosas y extrañas en labios del doctor Izaguirre.

Había sido una tarde verdaderamente espléndida de sol y de arte.

Nunca, como esta tarde, había estado tan elocuente el doctor, que en su huraño aspecto parecía iluminado de santidad, cuando después de un prolongado y angustioso silencio murmuró de pronto de esta manera:

—Hasta aquí hemos llegado, María de la Luz. Yo no puedo seguir ocultando una pasión que me consume, que me devora lentamente y que es imposible dominar por más tiempo y menos huir de ella, hija seguramente de un amor que jamás sospechara. He pensado, he meditado profundamente y siempre que esto ocurre termino por hacerme la siguiente pregunta: ¿Por qué ocultar un sentimiento tan fuerte que puede sancionarse con toda la virtud? Cuanto

soy le ofrezco con mi amor que es promesa y esperanza a la vez, que es ilusión y vida...

Y el doctor seguía balbuceando, torpemente, como un niño:

—Sí, sí, María de la Luz—solo usted puede ser la antorcha que inunde de luz las tenebrosidades del camino de mi existencia; solo Vd., con sus encantos de belleza, de juventud, de sinceridad y virtud, puede ser mi fe inextinguible...

María de la Luz estaba atónita, sorprendida. ¿Qué era aquello que oía? ¿Pero aquello era posible?

Comprendió que quizá ella obró ligeramente al otorgar a aquel hombre cierta confianza en tan escaso tiempo, propia más bien de admiración al sabio, que de afecto amoroso al hombre, puesto, que no pudo ni siquiera imaginarse semejante salida.

El doctor proseguía en su declaración sincera, rotunda, hasta que terminó rendido, jadeante, sudoroso.

No caben—concluyó diciendo—términos medios, María de la Luz, en la sim-

patía del amor, y esta rudeza mía, esta expotaneidad mía en exponerle los sagrados sentimientos y el porvenir que le ofrezco para toda una vida, entiéndalo bien, para toda una vida, reclaman, exigen de Vd. la misma franqueza en su contestación, tan franca, se lo suplico, se lo ruego, se lo imploro, como mi cariño y mis palabras...

El doctor estaba fatigado, suplicante y anheloso esperaba la contestación. Sus facciones se alteraban presentando un aspecto un tanto grotesco; un tic nervioso le contraía algunos músculos, haciéndole cerrar rápidamente un ojo y contraer el labio inferior.

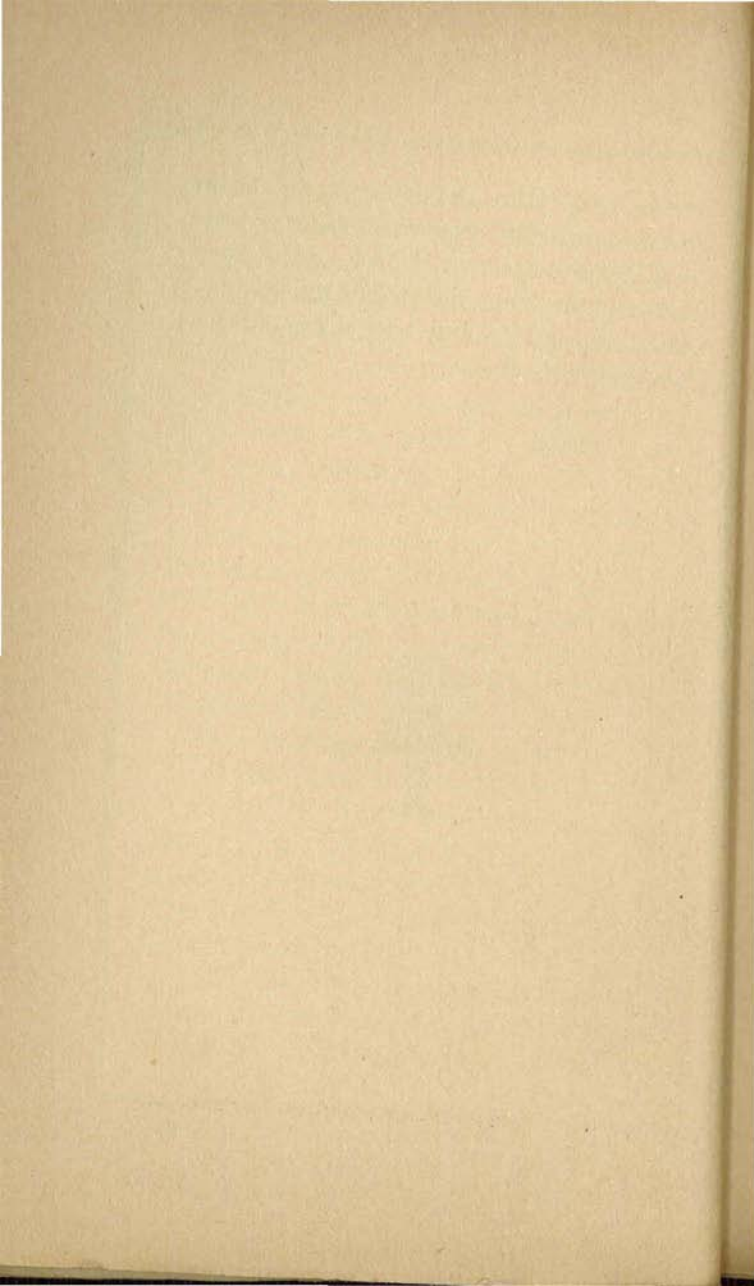
Al fin le contestó María de la Luz;

—Siento por Vd. mucha gratitud, le estimo a Vd. sinceramente, doctor, le admiro a Vd. como sabio y humanitario, señor Izaguirre, como al mejor maestro que he conocido, pero como otra cosa... francamente, no le amo a Vd...

El doctor don Emilio Izaguirre, no supo replicar palabra y huyó de aquel lugar avergonzado, como un zagal co-

rrido y María de la Luz, pasada la primera impresión de aturdimiento, reflexionó y lloró, lloró amargamente, abundantemente, con un dolor nuevo inexplicable, como jamás había sospechado que se podía llorar.





LA torre de la catedral de Murcia se destacaba enhiesta sobre el firmamento cerúleo como una gran mole de piedra y en lo más alto, una cruz de hierro parecía taladrar e incrustarse en el mismo cielo, como prolongación del símbolo que representaba.

El tren corría por la vega murciana siempre verde y ubérrima, perfumada por abetos, magnolios y limoneros, adornada con surtidores de palmeras y plataneros de un verdor eterno y transparente, adelfas, moreras frondosas y olmos copudos y milenarios. Las acequias, como arterias vitales, formaban laberínticas redes por donde el agua saltaba

cantarina entonando un eterno glú-glú rítmico y ante las puertas de barracas, villas y hotelitos con tendencias marcadas a remembranzas morunas, abrían las corolas de fuego los claveles reven-tones, y los jazmineros, los rosales y los heliotropos, trepaban triunfadores al cuidado de las amorosas manos de las bellas huertanas.

María de la Luz, asomada a la ventanilla del convoy veía incendiarse el firmamento mientras el sol hundía su disco luminoso por las azuladas y parduzcas montañas de occidente y sus postre-ros rayos incendiaban el paisaje.

Ya era maestra nacional en propiedad, e iba a tomar posesión de su tan deseado cargo.

Al fin, sus sueños de plasmadora de almas infantiles, se habían cumplido.

Solo le apenaba el haber tenido que separarse de sus ancianos padres ante la imposibilidad de seguirla en un viaje largo y costoso y por el estado de salud de su pobre padre, que en compensación a sus trabajos en la marina, ha-

bía recogido a la vejez unos dolores reumáticos que exigían el cuidado insustituible y constante de su esposa, pero no salió de su casa paterna María de la Luz, sin antes recibir, entre besos y lagrimones, consejos saludables para defenderse del pecado, amén de llevar a docenas medallas y escapularios de toda la corte celestial, que la señá Carmela, su madre, viejecita humilde, amorosa, limpia de cuerpo y alma, le había colocado hasta en el forro de algunas prendas de vestir.

Paró el tren en la estación de Murcia, donde hubo que hacer trasbordo.

Era una estación nueva, amplia, decorada con sencillez.

Algunas mujeres, cargadas con ramos de flores, especie de incensarios ambulantes, iban y volvían ofreciendo con insistencia a los pasajeros del correo Madrid-Cartagena, la perfumada mercancía; los empleados, con trajes de mecánica y gorras festoneadas de encarnado, pasaban y traspasaban arrastrando carretillas de mano conduciendo los equi-

pajes, produciendo en el arrastre un estrépito ensordecedor, mientras el tren esperaba los minutos reglamentarios para proseguir vertiginosamente su camino invariable.

Salió el tren y en la estación inmediata, María de la Luz, hubo de apearse precipitadamente para hacer el último trasbordo.

Estaba ya cansada de tanto ir en el tren y empezaba a marearse un poco.

Acomodada al fin en un vagón de tercera clase, muy parecido a un enorme cajón de tabaco, sucio, con los cristales de las ventanillas rotos, el tren emprendió la marcha hacia Amora, que era el pueblo a donde iba destinada. ¿Cómo sería aquella población? No conocía allí a nadie, ni tampoco para nadie llevaba una mala tarjeta de presentación.

Como en una película cinematográfica, iban pasando ante su vista paisajes monótonos o sorprendentes y estaciones y más estaciones, acabando por causarle un ligero sumernage.

En casi todas las estaciones había cambio de pasajeros y estos eran de una gran heterogeniedad.

Soldados que ahogaban sus tristes nostalgias hablando a gritos o entonando picarescas canciones. Iban a incorporarse a filas y guardaban, de reciente, el amargor de la despedida del pueblo; mujeres que iban o volvían al mercado próximo cargadas con toda clase de cachivaches; gentes de la clase media, mezcladas las que iban a fiestas, con las que habían recibido el alarman-te escrito o telegrama de «ponte en camino inmediatamente» y terminando por anunciar la gravedad o la muerte del pariente o amigo y entre toda esta polí-cromada pasajería, no faltaba jamás «el hombre del saco» el hombre gordo y sudoroso que mientras ensucia y molesta a los pasajeros, exclama:

—Caballers, fassen el favor...

Ahora ya estaba en una provincia, que aun siendo hermana de las del reino valenciano, por la aproximación topográfica y espiritual, se notaban algu-

nas distinciones de diferentes costumbres que a María de la Luz, le llamaron la atención desde el primer momento, como la de llevar flores en la cabeza casi todas las mujeres de la huerta y hasta de la ciudad; la sustitución de la democrática y típica blusa valenciana por las chaquetas cortas y estrechas de los jornaleros del campo, y otros detalles que ella, como observadora, apenas los apercibía los iba anotando con verdadera delectación en su memoria. ¡Cuántas cosas contaría al escribir a su pueblo!

El tren llegó a Amora a las diez de la noche.

Una fila de coches y de tartanas esperaban la llegada de los viajeros, amén de algún automóvil particular, y el vocerío de los encargados de conducir los vehículos, era verdaderamente ensordecedor:

—«Hotel Comercio».

—«Fonda de España»—gritaban atropelladamente.

—«La Confianza».

—«Hospedería de San José».

María de la Luz, quedó indecisa ante tanta oferta. Pensó que no podía gastar mucho, pues sus haberes eran entonces harto reducidos y por otra parte, necesitaba hospedarse en sitio decente. Aquello de «San José» le sonó a gloria puesto que en la hospedería, naturalmente, sería más económico el pupilaje que en el hotel y lo de San José, le ofrecía relativa garantía de moralidad.

Estas consideraciones, hechas casi instintivamente, la decidieron a subir en el coche de la mencionada y última hospedería, y abrió mucho los ojos para ver todo cuanto la noche le permitía de la población que iba a vivir.

Desde el primer golpe de vista el pueblo, le pareció sorprendente. Aquello era verdaderamente maravilloso. De la estación se divisaba una larga franja de luces que indicaban la extensión de Amora.

Una vez el coche en marcha, pudo confirmar la grandiosidad de aquella población, que para sí quisieran algunas capitales de provincias.

Los cocheros, una vez emprendida la marcha, pugnaban por pasarse delante unos a otros estableciéndose entre ellos la competencia por ver quién llegaba antes al pueblo, un verdadero pugilato y, para que dejaran paso expedito, los conductores proferían voces y gritos ininteligibles a los que iban delante, aumentando la algarabía de los ruidosos cascabeleos, el crugir de hierros y maderos y el trotar de las caballerías.

A los pocos momentos de partir de la estación, situada en las cercanías del pueblo, los carruajes tomaron una calle amplia y recta, de edificios altos y bien construídos.

Era una vía larga y moderna del barrio de San Juan; recorrida esta calle, viraron los convoyes, para subir una cuesta y pasar sobre un puente soberbio que separaba el barrio de la ciudad propiamente dicha.

Bajo el puente, un río plateado por la luz de la luna, formaba remansos arrastrando con lentitud sus aguas transparentes.

—Esta es la línea divisoria—señaló un pasajero—hijo del pueblo que conociendo la condición de la forastera, la iba enterando de cuanto veían.

—Este puente, separa el barrio de la ciudad, cuyos respectivos vecinos *rabaleros* y *chupatintas*, se tienen rivalidades que empiezan a manifestarse en las pedreas de la infancia al salir de las escuelas, y luego, estos rencores, duran toda la vida trasmitiéndose de generación en generación.

El coche que conducía a María de la Luz, cruzó por las calles principales de Amora, donde se veían edificios monumentales de meritísima antigüedad, verdaderos palacios de piedra de sillería carcomidos y musgosos por la acción de los tiempos y en casi todos los portales, de estilos determinados, unos escudos linajudos recamadas de insignias y trofeos, recordaban la grandeza aristocrática de los hijos de la Ciudad.

La calle más importante, llamada La Corredera, estaba poderosamente iluminada con profusión de focos eléctricos.

cos y era dicha calle punto de convergencia de toda la animación de Amora. Los comercios, sociedades, casinos y cafés allí instalados indicaban claramente, que aquello era el sitio más céntrico y concurrido de la Ciudad.

Algunos grupos de hombres, sentados en sendos sillones de mimbre, en las puertas de círculos y cafés, miraban curiosos, arrellanándose en los asientos y alargando el cuello cuanto podían, la llegada de los coches como queriendo inquirir y conocer a los que iban en su interior. A María de la Luz, en cada momento le parecía mayor su fortuna por haber alcanzado escuela en pueblo tan importante.

Por fin, el coche se internó por un laberinto de callejuelas en forma de zigzag y paró ante la posada de «San José».

Estaba situada esta posada en un edificio nuevo que contrastaba poderosamente con las demás casas de la calle angosta y semioscura de cuyas sucias, viejas y agrietadas paredes, se desprendía un vaho picante y nauseabundo.

Al descender del vehículo, una mujer de unos cincuenta años, fea, hidrópica y bigotuda, salió de la posada y preguntó cariñosamente:

—¿Viene Vd. sola?—¿Forastera, eh? Pase, pase... y tras de una pausa siguió interrogando—¿Y para muchos días?

—No sé, contestó la maestra distraídamente, y como seguían, impertinentes las preguntas de la dueña, añadió:

—Yo soy la maestra en propiedad, que vengo destinada a una escuela de este Ayuntamiento.

Y encarándose el ama con la criada, una moza esperpento, alta, seca y medio desrringlada ordenó: —Pronto, entre Vd. inmediatamente el equipaje de la joven al número uno. Y volviéndose a dirigir a la maestra, prosiguió con acento dulce:

—Tendrá Vd. la mejor habitación de la casa, señorita, no la molestará nadie. Es una habitación amplia y bien ventilada, ya puede estar contenta y tranquila la señora, y sobre todo, con entera independencia y confianza.

María de la Luz penetró en la hospedería que respiraba un ambiente de aseo y pulcritud. Las habitaciones eran sencillas, pintadas con colores fuertes, pero se notaba una gran curiosidad, las paredes limpias y ventiladas y muebles claros y relucientes.

—Esto es el comedor, le iba indicando el ama con solicitud.—Aquí las habitaciones, dormitorios... Y pasaba por un corredor largo.—Y ésta, ¿vé usted? ¡Aquí, el número uno. Estará Vd. como las propias rosas!

Entraron en el cuarto designado a la maestra, y la dueña no cesaba de interrogar, a la recién llegada, mientras que ésta, a la vez, procuraba evitar toda respuesta, esquivéz motivada por el cansancio del viaje tan largo y tan pesado, hasta que, cuando se iba a retirar, la dueña viendo que la maestra no correspondía a sus deseos de conversación, atajó:

—¿Quiere..? ¿Cómo es la gracia de Vd..?

—Me llamo María de la Luz, ¿Y Vd., cómo se llama?

La hostelera reflejó en su semblante la satisfacción por verse interrogada, se pasó la mano por la cara, se apretó el nudo del pañuelo que tocaba su cabeza y después de absorber mucho aire por las narices, contestó:

—Como llamarme, me llamo Huertas, este es mi nombre de pila, como suele decirse, pero aquí, todo el mundo me conoce por la Juanela, mi hombre se llamaba Juan ¿sabe Vd? Lo mataron una noche, aquí unos *malasombras* ¿sabe Vd? Y de ahí viene el que me llamen así... Decía a la señorita, porque veo que está rendida. ¿Quiere tomar alguna cosa antes de acostarse?

—No, nada, Juanela, solo deseo descansar, muchas gracias.

—Pues que la señorita descanse y hasta mañana, buenas noches.

—Buenas noches...

Apenas fueron perceptibles las últimas palabras, porque en aquel mismo instante, del interior de la casa, se oyó un estruendo de voces, gritos, y rasgueo de guitarras y canto flamenco mezclado

con voces aguardentosas de mujeres y berridos de hombres borrachos que, al herir los oídos castos de la maestra, tuvo que preguntar sorprendida, alarmada, sin atreverse siquiera a respirar...—¿qué es eso, Juanela?

—Nada, que han abierto la puerta del cuarto de confianza de la casa, una imprecación, una tontería de la niña Sole, que tiene *mu mala asaura*, ¿sabe usted? dijo Juanela, notablemente contrariada, pero sobreponiéndose enseguida, volvió a fingir naturalidad con tono hipócrita y dulzón: —No se alarme la señorita, por eso, que no es nada. Aquí no entra mas que gente de postín y de muchísima confianza, y bajando la voz, dijo con gran misterio y casi al oído de la maestra como queriéndola devolver la tranquilidad perdida: —El Alcalde, el mismo Sr. Alcalde del pueblo, nada menos, está también ahí, Vd. no se preocupe de nada y tranquilícese. ¡Vaya un hombre, ese Alcalde, rumboso y bien *planta*! Nosotras conseguimos de él cuanto le pedimos. Ya verá Vd., ya verá Vd., y total

de malo nada, unas chicas del pueblo vecino, de Valdemores, unas infelices desgraciadas y cuatro amigos de íntima confianza de la casa.

Cuanto más Juanela pretendía, atolondradamente, tranquilizar a la forastera, mayor era la inquietud y zozobra que a ésta despertaba.

María de la Luz, sintió un miedo horrible y una enorme contrariedad. ¿Dónde se había metido? ¿A qué sitio había ido a parar? Pensó inmediatamente irse, escapar de allí para refugiarse en otra parte, en un hotel, en otra posada. ¿Pero dónde iba una mujer sola a esas horas sin conocer a nadie?

Quedó sola y decidió acostarse. Temblando de frío y miedo, cerró y cerrajó la puerta con grande excitación.

Volvió a hacerse el silencio, pero no quiso apagar la luz en toda la noche.

Transcurrieron momentos de angustia indescriptible. En sus oídos zumbaban las notas de zambra y escándalo. ¿Qué era aquello? ¿Qué tal sería el Alcalde aquél? ¿Cómo sería aquel Presi-

dente de la Junta local de enseñanza cuando iba a visitar a unas muchachas que le recibían con juergas y escándalos? ¡Dios mío! ¡Dios mío! Instintivamente pensó en su pueblo, en sus padres. ¡Si ellos supieran! y se vió sola, muy sola. Sintió el primer alfilerazo de dolor y amargura de su soledad, que le llegó a las entrañas y sus labios, trémulos, secos, calenturientos por el horror, al buscar amparo, se posaron con infinita fe sobre una medalla de la Virgen del Perpétuo Socorro, en un inmenso beso de piedad...



TOMÓ posesión María de la Luz de la Escuela Nacional a que fué destinada. Una escuela rural a unos dos kilómetros del pueblo de Amora, punto pintoresco de la huerta y al que se llegaba por una amplia carretera sombreada por dos hileras de álamos enormes y frondosos que formaban un túnel de ramaje verdense que permitía la proyección, sobre el polvo del suelo, de humanitaria y bienhechora sombra en los meses caniculares, dejando pasar el sol tibio y vivificador, cuando por los fríos del invierno, caían las hojas secas, con hosquedad de muerte, y el viento las barría levantando estrepitosos remolinos.

Cuatro veces al día pasaba el camino la *maestrica*, pues así la llamaron desde el primer momento los pacíficos vecinos de aquella pedanía.

Habitaba en el centro de la población, en una modesta casa particular, gracias a la compasión y a la misericordia de doña Petra, una compañera jubilada, muy viejecita y sin más familia que un sobrino que rara vez aparecía por casa; doña Petra, se apiadó de la forastera al recordar con añoranza amorosa tiempos pretéritos en que el Magisterio estaba movido por férvida vocación y altruismo, y los Ayuntamientos, en compensación, explotaban inícuamente, *co-bardemente*, esta virtud de la clase, con sueldos irrisorios, vergonzosos, que rara vez pagaban con puntualidad y muchas veces ni aún con retraso, por lo que la gente del pueblo, al hablar de los encargados de su enseñanza, aludían al hambre, y los ridiculizaban, burlándose de su desgracia, sin pensar, ¡pobre gente! que aquellas burlas y escarnios, eran semilla de incultura, de inercia, de

ignorancia, que habían de convertirse, imprescindiblemente, en tósigos suicidas para el mismo pueblo.

María de la Luz, no sabía cómo expresar la gratitud a doña Petra. Esta, la había recomendado a la Junta local, había roto lanzas en defensa de la Maestra, contrarrestando los extravagantes y maliciosos comentarios como consecuencia del pésimo efecto que causó en el pueblo la primera e involuntaria equivocación de la Maestra en la posada y, por último, al traérsela, como de su familia, a su misma casa, la exhortaba constantemente así:

—Ya pasó todo, María de la Luz, ya has tomado posesión de tu escuela y todo está, gracias a Dios, ya en marcha. Estoy segura de que tu equivocación ha de ser motivo para redoblar tu celo por la escuela y que desde hoy nadie tenga motivos para hablar de tí, cosa que tanto debe preocupar a toda mujer honesta, y más si esa mujer es *mocica* y encargada, por añadidura, como tú, de dar ejemplo. Por todo ello, yo,

hijica mía, me permito recomendarte la virtud en todas sus variadas manifestaciones; no basta ser buena *personica*, es preciso, es necesario, parecerlo y probarlo. De ahí que esos vestidos que llevas, los arregles; no quiero decirte con esto que estén mal del todo, ¡Dios me libre de eso! pero de todas maneras, es menester que los mejores añadiéndoles, telas, puntillas, bordados... como quieras, pero hay que añadir algo que cubra más, ¿comprendes? como te diré yo, que demuestre el más alto respeto a la moral, que debe guardar toda buena persona cristiana y piadosa como tú lo eres.

María de la Luz, oía a su protectora, dando muestras de afirmación y asentimiento, ¡ya lo creol pero contrariada y herida en lo más íntimo de su corazón. Ella no creía merecer aquellos sermones a toda hora de moralidad exagerada, aunque estuvieran dados en el más ejemplar de los propósitos pero ¿cómo no cumplir extrictamente cuanto le indicara doña Petra?

Desde su mal paso dado en aquella ciudad, inconscientemente la noche que llegó, que no había tenido momento de reposo. El recibimiento en el Ayuntamiento con descaradas ironías para la toma de posesión; la conducta de la interina soez y provocativa al verse sustituida y... sin nómina; el mirar provocativo en unos y despectivos en otros de los habitantes de Amora y el retraimiento hacia ella de las mismas compañeras, la tenían sumida en un constante sopor de pena indescriptible, sobre todo esto último la amargaba profundamente y entre tanta contrariedad y sinsabor, solo aquella doña Petra, se había apiadado de ella y por eso cumpliría todos sus caprichos al pié de la letra por absurdos y exagerados que ellos parecieren.

La esperanza de formar una buena escuela, la animaba y le confortaba el ánimo, deprimido por toda aquella serie de fracasos recibidos.

Aquellas niñas de pelo lacio y aceitoso, de vestidos y cuerpos sucios, por un

abandono punible, le inspiraban con el cariño lástima y compasión; pequeñas de espíritu, pero con unos ojos grandes, muy abiertos, aunque sin expresión, reveladores de un estado anémico, de mirar dulce, apacible, como beso de madre, como una noche lumínica de transparencia estival...

Ella las atraería, sí, las atraería a la escuela con solicitud maternal, e iría, si fuera preciso, de casa en casa, de cortijo en cortijo, en busca de niñas, daría un mitin pedagógico para decirles a los padres la obligación sagrada que tienen de llevar sus hijos a la escuela y la atenderían ¡vaya que la atenderían! y una vez acudieran las chiquillas, ya nadie se las arrancaría de su lado, por que ella, con todo el amor, las cuidaría y las mimaría poniendo en práctica, después de limpias y aseadas, aquellas hermosas teorías de Frebel. Ella seguiría a Decroly y a María Monterosi, atendiendo en la infancia a la educación del tacto, de la sensibilidad, de la atención, observando y guiando las nacientes ma-

nifestaciones e iniciativas de sus pequeñas, para acudir después, oportunamente a la inteligencia y a la voluntad armonizando cualidades hasta formar concretos y positivos caracteres.

No consistiría su labor escolar en ir contra la naturaleza infantil, que es alegría, acción, movilidad, sino en encauzar bien todas estas fuentes de valor y energía y además de las materias corrientes del programa oficial, les enseñaría a remendar, cortar y coser los vestidos, a ser limpias, curiosas y les hablaría del lavado, colado y empleo de cloruros, a guisar, condimentar comidas variadas y económicas, postres fáciles y baratos, dulces y almíbares, un curso en fin de economía y administración doméstica y por último, al despertar y equilibrar las facultades embrionarias de aquellas futuras madrecitas, las infundiría, con el calor de su vocación y de su fé, un sacrosanto amor a la Patria y un sublime respeto a Dios y a la Religión.

Doña Petra, la escuchaba fijando en

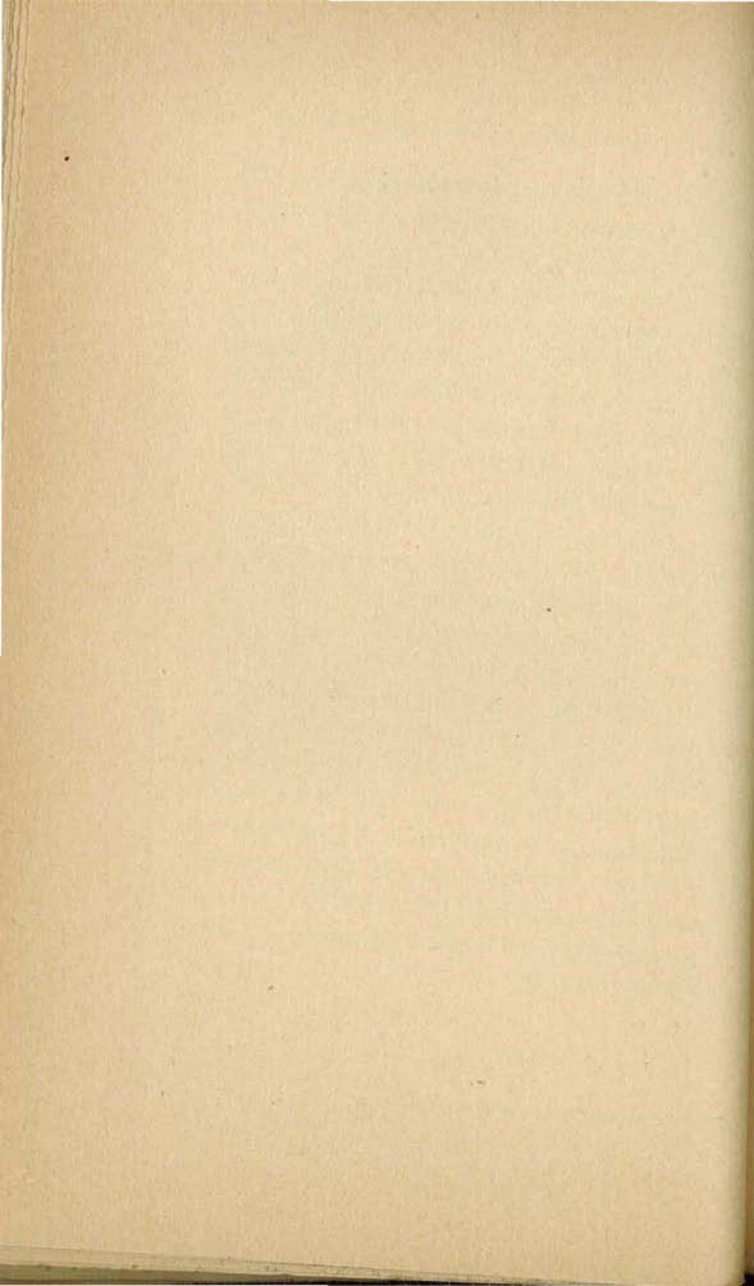
ella sus ojillos diminutos, incrédulos y observadores. Aquella viejecita, marchita por los años y por el trabajo, pulcra, correcta, conservaba de su mocedad el mirar penetrante y dominador, como todos los que han tenido necesidad de luchar por la vida. Oía a su huésped como quien oye una santa promesa, pero aquella cabeza blanca, venerable, encanecida en la experiencia de una escuela rural, se movía dudosa y acababa diciendo:

—Muy bien *Marujica*, Dios te oiga y te ayude a poder cumplir tus buenos propósitos, pero prepárate para luchar con *todos*, sí, con todos, hijica mía, hasta con ciertas personas que pasan, en sociedad, por cultas e inteligentes. Aún la sociedad no está suficientemente preparada para esos progresos, es decir, que aún hay hombres que se tienen rutinariamente por cultos y, que sin saber por qué, son enemigos del maestro y por consecuencia de la escuela nacional, parece raro ¿verdad? pues es así; *Marujita*, es así... prepárate para luchar

con el analfabetismo ambiente, con los padres egoístas, ignorantes y rutinarios; prepárate para luchar...

—¡Lucharé!—se apresuró a decir María de la Luz, con firmeza de convencida. —Y si los padres, prosiguió diciendo cada vez más entusiasmada, no respondieran a mis requerimientos, si a pesar de mis persuasiones, de mis promesas, de mis propagandas, hasta de mis súplicas, siguieran sin mandar sus hijas a la escuela, entonces, acudiría a las autoridades, factor también imprescindible de protección y ayuda para estos casos, acudiría a la Junta local...

—¡La Junta local! ¡La Junta local!— Doña Petra sonrió irónica, maliciosamente y en su boca desdentada y fofa, encarnada, como una herida, que contrastaba con la palidez de su rostro seco y enjuto, como hecho de cera y papel mascado, se dibujó una sonrisa irónica y amarga, como mueca de dolor... ¡era la experiencial!



TODAS las tardes, cuando María de la Luz, regresaba de su escuela, de aquella escuela que hubo de improvisar al aire libre, porque el local que le habían designado no servía para dar clase por escasez de luz y ventilación, encontraba entre los numerosos carruajes de lujo que salían al paseo, uno, que tirado por enjaezadas yeguas iba guiado por un señorito *jampón*, postinoso, con sombrero cordobés, que se le quedaba mirando, y parecía mascullar algunas interjecciones procaces y atrevidas.

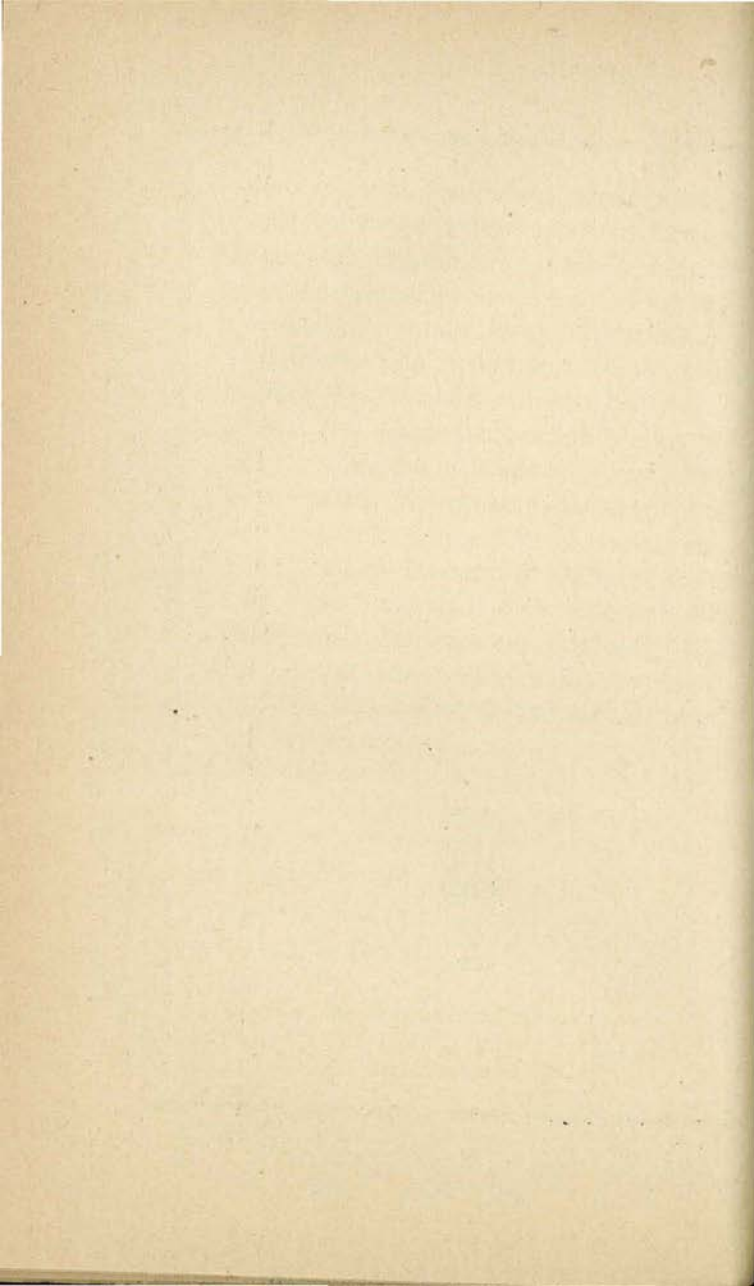
María de la Luz, bajaba la cabeza y, encendida de rubor, apretaba el paso.

Pero no era esto solo lo que le ocurría en el mismo sitio y casi todas las tardes. Mas adelante, en una jardinera iban de juerga unos señoritos que la abochornaban con *piropos* de muy mal gusto. —¡Olé, las *chés* castizas!— ¡Vaya un *bocao* que *tié* en la nuez! y estas voces, mezcladas con ademanes soeces e indecorosos; el tintineo de los cascabels y el rodar de los carruajes, llegaban a los oídos de la joven, haciéndola estremecer de vergüenza y coraje. En una de aquellas jardineras, iba Eleuterio, el sobrino de doña Petra, aquel ser despreciable y poltrón, sin oficio y sin ganas de trabajar y cargado con todas las calamidades físicas y morales, que, le guardaba a ella manifiesta antipatía desde que pagó con rotundo desdén la persecución pegajosa y el atrevimiento de una declaración, mas que de amor, con miras marcadas a participar de los escasos haberes de la protegida de su tía.

Mas a pesar de ser todo esto muy desagradable, había otras escenas en

aquella misma carretera-paseo, que aún la torturaban más todas las tardes. Eran aquellas señoritingas, fátuas, de afectación presuntuosa, de caras antipáticas, con cabelleras doradas por el oxígeno y ojeras de azul de Dorín, que siempre, al divisarla desde los coches, viéndola a pié, con el traje de trabajo y llena de polvo, se codeaban y empezaban los cuchicheos y gestos de descarada burla y menosprecio. Y era por ella, demasiado comprendía la maestra que era por ella. Se reían de su aspecto, se burlaban de su falda polvorienta y sus zapatos viejos. ¿Qué culpa tenía ella de eso? ¡Maldita sociedad aquella!





CUANDO los días de lluvia, viento o frío, veíase obligada la maestra a hacer la clase dentro del local, de aquel local, de paredes negruzcas y descascarizadas y techo de teja vana, las alumnitas parecían poseídas de una gran tristeza y melancolía. Apenas si penetraba la luz en aquel local por una ventanuca guarecida por una reja de gruesos barrotes de hierro a estilo cárcel.

Aprovechaba esos días la maestra para explicar los deberes que tenían las niñas para con Dios, para con los padres, y para con la sociedad.

Eran lecciones que ella daba con lenguaje sencillo, llenándolas de amenas

historietas que despertaban y mantenían la atención de las alumnnitas, pues además de presentar estas lecciones de manera muy interesante, ponía en toda explicación ese dulce indescriptible sentimiento de arte que atraía y sugestionaba maravillosamente.

Ora versaban estas lecciones sobre alguno de los preceptos del Decálogo, ora sobre el cariño y respeto que debían à sus padres...

Así estaba un día hablando, sobre uno de los puntos que ella tomaba para ir formando la conciencia de sus pequeñas, cuando se oyeron gritos por la parte de la carretera. Las niñas reconocieron enseguida por la voz a quien los profería y exclamaron a coro:

—¡La Diabla! ¡La Diabla!, señorita María, es la Diabla.

Ya tenía la Maestra antecedentes de esta errante desgraciada que solía pasar todas las primaveras por aquellos andurriales de la huerta para recojer ciertas florecillas, que después vendía en farmacias y droguerías de la población.

La maestra, con las niñas, se acercó a la ventana atraída por la curiosidad, ya que los gritos eran cada vez más agudos, y vieron pasar a la Diabla, que a empujones, era conducida por un guarda rural entre burlas y escarnios de cuantos transeuntes acertaban a pasar por allí en aquellos momentos.—Buena pieza, ¿eh?—decían al presenciar el espectáculo.—Nada bueno habrá hecho. Duro, duro con ella a ver si escarmienta... Y otros más curiosos preguntaban al guarda.

—Pues ¿qué es lo que ha hecho?

—*Pus ná*, lo de siempre, ¿qué ha de ser? Un *escandalaso* soberbio en la taberna de Charito, pero lo que es hoy va a pagar todas las borracheras juntas. A ver si así escarmienta de una vez la mala pécora.

Resistíase la Diabla, a seguir al guarda hasta el extremo de que en algunos momentos, para contrarrestar la oposición de la golfilla, la llevaba casi a ras-tras.

La maestra, al ver aquella escena tan

repugnante, mandó un recado al guarda, ordenándole que condujese a la escuela a la golfilla.

Obedeció el guarda y cuando la Diabla se encontró libre y escuchó la dulce voz de la maestra, que la hacía preguntas cariñosas, cesó de gritar y empezó a tranquilizarse, sumisa y avergonzada, mientras las demás niñas, formaban un grupo apiñado, extrañadas y asustadizas ante la presencia de la intrusa.

La Diabla, presentaba un aspecto grotesco, casi más bien diríamos guiñolesco. Cubrían su estirado y delgado cuerpecito sucias y raras prendas de vestir, hechas girones y, escondía su negra y enmarañada cabellera bajo un pañolón negro y mugriento. Al primer golpe de vista, diríase que se trataba de un muchacho disfrazado de mascarón; fijándose detenidamente se adivinaba a la chiquilla de trece años, ojerosa y paliducha, de carita ovalada y ojos almendrados, nariz proporcionada y boca como una guinda sin madurar, pero tan sucia toda su personilla, tan abandona-

da, que repugnaba solo el verla. El sol había ennegrecido y apechado su rostro, contrastando la negrura de su cara y de sus manos con la blancura del resto de su cuerpo.

El guarda seguía recriminando las fechorías de aquella maldad en forma humana, de aquella mala bestia, como él decía y estaba dispuesto a meterla en *chirona* para que escarmentara de una vez.

—¿Le parece a Vd. la muy puerca, haberse emborrachado como una bruta? ¿habrase visto, una cochina semejante?

La Diabla, permanecía inmóvil como petrificada, apenas si protestaba, su mirada bovina no tenía expresión, hasta que la maestra, acariciándola y con amorosa solicitud, interrogó a la golfilla y ella sumisa contestó:

—No es mía toda la culpa, señora maestra, créame, es de todos, sí, de todos.

—¿Cómo es eso, muchacha? a ver, a ver, explícate...

La Diabla, cada vez más tranquila,

más poseída de sí misma, fué explicando su vida.

No había conocido jamás a sus padres; desde que tenía uso de razón que vivía con una vieja gruñona, que la pegaba fuertes palizas cuando no llevaba el dinero suficiente para la comida y muchas noches se acostaba sin probar bocado. Hambre, sí, mucha hambre. ¿Trabajar? dónde y cómo, si nadie la quería y todos huían de ella como si apestara, como si fuera en verdad una diabla del infierno? Jamás la habían atendido en ninguna parte, nadie la escuchaba y desamparada, errante, tenía que sacar dinero de alguna manera. Unas veces, llevando cargas de agua, otras cavando como un hombre, en la primavera, buscando por acequias y ribazos malvas y malvaviscos, flores y plantas medicinales que luego le compraban en algunas farmacias de Amora, pero llegaban épocas tan malas, tan secas, que no había más remedio que pedir limosna, implorando caridad. ¡Caridad! que parecía cada vez más alejada

de las gentes y, para recojer algunas monedas de cobre, había, en muchas ocasiones, que dejarse atropellar bárbaramente por aquellas gentes brutales que reían de su desgracia gustando de verla fumar y beber como un hombre, y si no lo hacía, quedaba sin dinero, sin poderse presentar ante la vieja gruñona que la esperaba para darle una paliza de muerte. Llevaba ya una semana horrible de no recojer nada. Aquel día también se presentaba malo, ni trabajo en ningún sitio ni esperanza de tenerlo; de pronto en la taberna de Charito, estaban unos chalanes que terminaban de hacer un trato de caballerías y al verla la llamaron para convidarla. Ella tenía hambre y comió, pero la obligaron a beber más y más hasta que al fin cayó al suelo sin sentido. Por cada libación que ingería la *premiaban* aquellos hombres con algunos céntimos y de éstos dependía el poder satisfacer la codicia de aquella vieja, cuyo estado de ánimo tan directamente había de repercutir en

ella... Ya ve Vd., señora maestra, como todos son culpables...

—Pues no y no—dijo apiadada la maestra—esta vez, quiero interceder por tí y nada pagarás. Este hombre, (señalando al guarda), hoy te dejará libre, pero si esto se repite, yo seré la primera en castigarte. Procura ganar el dinero con dignidad, buscá, solicitá con interés y sin descanso ocupación, trabajando honestamente y huye de esa gente málvada por ignorancia que no tienen ni siquiera idea de lo que es la conciencia y prométeme que no volverás más por esos sitios.

La Diabla y el guarda, salieron de la escuela, gimoteando aún la primera por la desgracia de no tener quien la guiara en la vida y el segundo jurando y perjorando que ésta sería la última vez que pasara sin escarmiento, rapaza tan soez y descarada.

Volvió la clase a su habitual silencio después de haberlo alterado la escena descrita y la maestra, aprovechando aquella oportunidad habló a las niñas

del hogar y de la familia poniendo como ejemplo, y tomando como centro de interés, aquella criatura que acababan de ver sola y sin amparo de nadie, sin cariños ni afectos, expuesta siempre a las más horribles caídas. En cambio vosotras... las que crecéis al calor vivificante de vuestras amorosas madres y del hogar paterno...

Al terminar la clase, las niñas se despidieron, como de costumbre, de su maestra. Las pequeñuelas se iban en grupitos que se deseminaban por aquella frondosísima huerta, entrecortada por acequias y veredas. Iban esta vez un tanto tristes y preocupadas meditando, sintiendo y comentando entre ellas lo que acababan de ver y oír.

Esa tarde cuando llegaron a sus respectivos hogares, besaron con más emoción que otras veces a sus madres, y los corazoncitos latieron más intensamente y es que, áquella lección, dada tan oportuna y hábilmente por la maestra a raíz de lo ocurrido entre el guarda y la Diabla, despertó en las embrionarias con-

ciencias de las niñas, un sentimiento nuevo de gratitud y amor filial, conocimiento, para ellas, humildes y eternas campesinas, mil y mil veces más importante y trascendental que los complicados tratados de la gramática, de la historia, o de la geometría...

Y la Diabla no volvió jamás por aquellos andurriales ni a volverse a saber más de ella.



UNA tarde recibió la visita de la Junta local de Primera enseñanza. Formaban la comisión un concejal en representación del Alcalde-Presidente, el Sr. Cura y el dignísimo y nunca bien ponderado secretario de aquel Excelentísimo Ayuntamiento, funcionario pulcro y relamido, muy dado a recitar, aún sin venir a cuento, hechos históricos, citas y fechas de disposiciones legislativas, más que verídicas, pertenecientes a la más atrevida *camelografía* convencional, fanfarrona y atrevida.

—Pasábamos por ahí y hemos querido saludar a Vd.—Dijeron casi a coro los tres señores mencionados.

—Mil gracias, balbuceó la maestra, turbadísima ante la visita de aquellos señores y ofreciéndoles sendas sillas, pudo decir:

—Les estoy esperando hace ya mucho tiempo. Es preciso, y yo en ello confío, que ustedes me ayudarán a organizar esta escuela, ya que no hay forma de hacer que vengan las niñas con la asiduidad debida.

Ustedes, pueden hablar con aquellos padres que faltan a la Ley y obligarles a que manden a sus hijas a recibir la enseñanza que les corresponde y necesitan.

—Es Vd. muy jóven, señorita, interrumpió el secretario, tomando aires de autoridad, mientras pretendía escupir una brizna de tabaco que parecía estar siempre adherida molestando aquella lengua viperina.—La escuela, no la hace sinó el maestro. Créame a mí que tengo por lo menos muchos más años que usted y conozco bien estos casos. Procure la maestra, en vez de venir tarde, llegar a su hora, trabaje Vd. como Dios man-

da, como se ha trabajado siempre, sin tanta excusa ni tanto requilorio y pronto verá Vd. los resultados.

—Y apropósito—añadió el concejal—son numerosísimas las denuncias que recibimos quejándose de Vd. ¿Cómo se las compone, para que hayan llegado las cosas a ese extremo?

—Y algunas de esas denuncias—continuó el sacerdote, la acusan a Vd. de no enseñar debidamente la religión. Ya sabe Vd., hija mía, que mucho antes que Costa dijera aquello de «educación y dispensa», el Cardenal Moncilloes predicaba «pan y catecismo» porque sin éste, no puede haber educación moral y además, no me negará Vd. el deber que se tiene en toda Escuela del Estado, de enseñar la Santa Religión por el Catecismo y la Historia Sagrada.

—No ignoro nada de lo que me dicen y lo cumplo todo exactamente—dijo entre humillada y altiva la maestra, pero existe injusticia al hablar y juzgar una labor que no conocen. Aquí tengo a estas niñas y pronto se convencerán de

que, lo que afecta a la maestra, ha cumplido con su deber y, abriendo un armario, empezó antes de preguntar a las niñas, por enseñar una colección de trabajos manuales.

Verdaderas maravillas de papel plegado se ofrecieron a los ojos de aquel tribunal frío e indiferente; cuadernos de dibujo y escritura, libretas con problemas y toda clase de labores, que eran reflejo de un trabajo ímprobo y bien dirigido, iban pasando de mano en mano de aquellos señores, que apenas hacían caso.

—Bueno, basta, no se moleste más, porque todo esto es muy bonito, pero no prueba el estado que se halla la enseñanza en esta escuela. ¿Quién sabe por quién estará hecho todo esto? ¿Quién sabe si estará hecho por Vd. misma? Para saber a ciencia cierta el trabajo que se realiza, es preciso conocer, examinar a las niñas una por una. Como Vd. comprenderá esto es cosa de ir más despacio y ahora no podemos perder más tiempo, pesan sobre nosotros mil

ocupaciones de más trascendencia, y hoy no es nuestra misión someter a un exámen a las niñas; además, bástele a Vd. con saber que este pueblo es noble y hospitalario y no quiere, de ninguna manera, perjudicar a nadie y menos a los forasteros, si ellos, claro está, no se obstinan en que se les perjudique. Así pues, en la primera junta que celebremos se anularán las denuncias recibidas y nada pasará, pero debe Vd., eso sí, tomar nuestro leal consejo y es que en el primer Concurso debe Vd. salir o mejor aún, permutar con doña Eduvigis, que es hija de esta ciudad y eso sí, para esta permuta encontrará Vd. en nosotros toda suerte de facilidades. Piénselo, piénselo detenidamente y verá, si se fija, que lo único que le conviene es marcharse cuanto antes.

Así habló el señor Secretario en nombre de la Junta local de Primera enseñanza a la que tenía el honor de pertenecer y de enredar...

Ya se disponían a abandonar el local-escuela, cuando la maestra abatidísima,

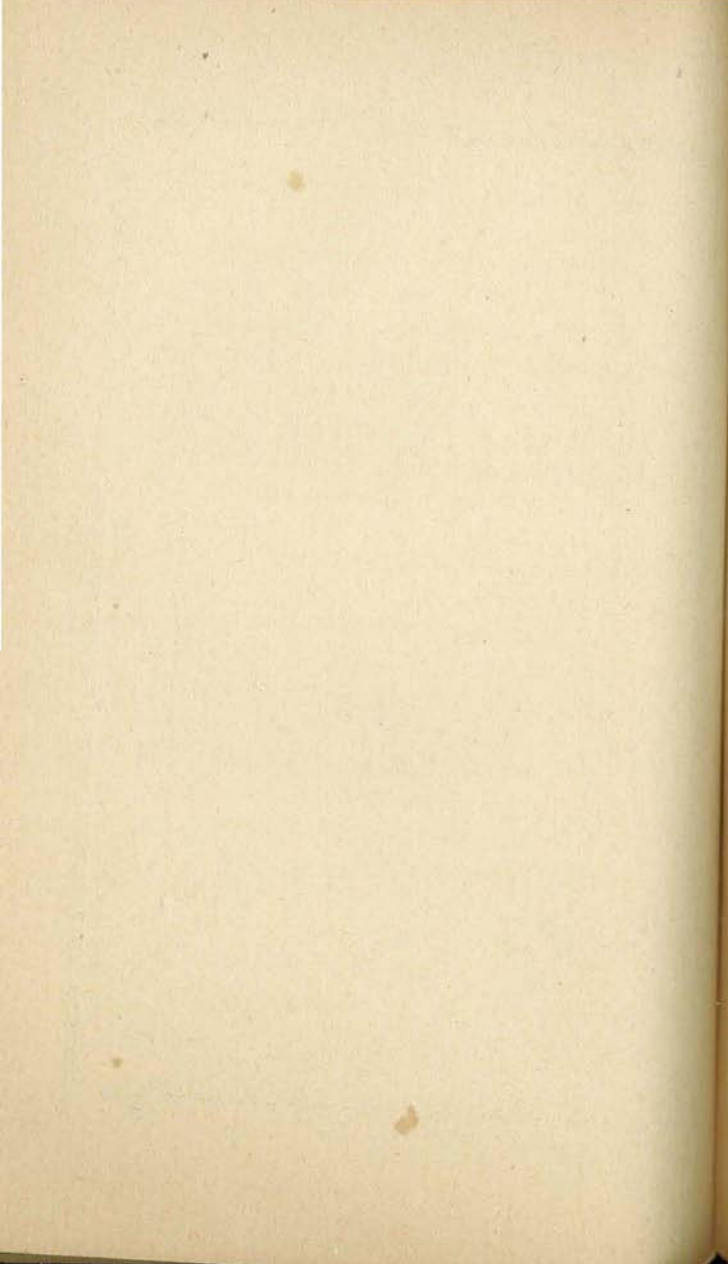
quiso insistir en que preguntasen los señores de la Comisión a las niñas, sobre lo que quisieran, de la asignatura que tuvieran por conveniente, pero fué empeño vano; lentamente los tres señores se aproximaron a la puerta, volviendo a pretextar enormes quehaceres, prometiendo volver otro día, otro rato, tan pronto lo permitieran las múltiples ocupaciones, pero que no olvidara, mientras tanto, la recomendación que le dejaban en bien suyo y de la enseñanza del pueblo.

La maestra quedó sorprendida y abatidísima. Cuando los señores de la Junta local, hubieron salido, reunió en un grupo a las niñas mayorcitas y las abrazó a todas ¿se merecía ella eso? Cuando creyó llegado el momento de su fortuna, de su felicidad, por haber obtenido una escuela; cuando ella ponía su fervor, su entusiasmo y su vocación a favor de la Escuela Nacional, encontraba la indiferencia de los de abajo y el desprecio, odio de contrario, de los de arriba, de todos aquellos que ella esperaba acobijo,

amor, gratitud... ¿Pero qué era aquello?
¡Qué decepción tan terrible!

Y la figura noble, apacible, serena del doctor Izaguirre, que jamás se había apartado de su mente, se erguía en su sensitiva alma a cada golpe que recibía. ¿Qué sería de aquel hombre, de aquel apóstol, de aquel maestro que Dios quiso poner en su camino como redentor y ella vanidosa, ignorante, insensatamente había de palabra despreciado?





CUANDO el doctor Izaguirre, oyó de manera tan franca y sincera aquellas rotundas palabras de labios de la maestra, corrió a refugiarse al cuarto de la fonda y allí pensó y meditó sobre su situación.

Era en verdad una situación ridícula pero ¿no hubiera sido mucho peor—pensaba—que la muchacha, careciendo de sinceridad le hubiera aceptado por egoísmo o por compromiso? Desde luego que a pesar del disgusto y del ridículo y de cuantas otras cosas pensara, podía estar satisfecho, o por lo menos tranquilo, puesto que había resuelto la incógnita, que le atormentaba desde hacía algún tiempo, de si le quería o no aquella encantadora criatura.

Acabó por preparar la maleta aquella misma noche y emprender su retorno a la Corte, pues siempre el ruido de las multitudes, ha sido bálsamo recomendado para aminorar los disgustos causados por las terribles catástrofes del amor.

No guardaba, a pesar de su íntima contrariedad, y pasados los primeros momentos de aturdimiento, rencor a María de la Luz, antes al contrario, con la franqueza que se había expresado la maestra, comprendió la magnanimidad del alma de aquella mujer sencilla e ingénu.

El la amaba de veras y la perdonaba.

No era de ella toda la culpa de la *catástrofe*, sinó también la culpa era de él que no supo preparar el terreno para el amor y menos supo ser oportuno en la declaración, que al recordarla se atribuía a sí mismo el fracaso, atribuyéndolo al poco conocimiento y menos práctica que tenía en esas lides; si se hubiese tratado del estudio de microbios o cosas relacionadas con su ciencia, otra

suerte hubiera corrido, pero ¡con una mujer! ¿Qué sabía él del corazón femenino?

El debió hablarle a María, más de amor que de ciencia o por lo menos compaginar una cosa con otra y así la hubiese podido observar y hacer deducciones provechosas que le hubieran inhibido del bochornoso fracaso.

Al que no perdonaría nunca sería a él mismo. ¿Pero cómo había podido pasar todo aquello? El tan pulcro, tan comedido, no acertaba a comprender cómo pudo caer en ridículo semejante. Si estaba, como desde luego estaba, enamorado de aquella mujer, ¿por qué no esperar otra ocasión más propicia? ¿por qué tal precipitación?

Cuando llegó a Madrid, volvió a meditar sobre su situación acerca de la maestra y, a medida que iban desapareciendo los efectos de la primera impresión de desagrado, iba reconociendo lo mucho que tenía que agradecer a María de la Luz, por su espontaneidad y franqueza.

Reconocía lo antedicho, pero sintiendo un profundo dolor de amarga contrariedad, puesto que con ella se derrumbó todo el castillo de doradas ilusiones que forjara con la esperanza del amor de la linda e ingénua pueblerina, de aquella muchachita que a fuerza de escucharle embobada, con los ojos muy abiertos como dos pedacitos de cielo y la boca encendida como una guinda, acabó por grabársele al doctor en lo más íntimo de su alma, hasta llegar momento de no poder vivir sin su recuerdo.

Procuró olvidarla amorosamente y cambió su norma de vida.

Para buscar el deseado olvido, asistió a tertulias distinguidas donde conoció y trató artistas de fama, a cabarets lujosos, ensordecedores por las notas atonlondradoras de los jazz-bans unidas a la algarabía de risas y gritos de histéricas y morfinómanas, concurrió a los vistosos y elegantes *tes-dansants* del Palace y del Ritz, conoció la vida de los noctívagos y sus amoríos fáciles en el Ideal Rosales, Parisiana, Fornos,

Maxim's, Ideal Room, sin faltar de vez en vez a la excursión a casa Camorra en la Cuesta de las Perdices; frecuentó sociedades de las más extravagantes y atrevidas ideas y, hasta aceptó intervención en la política, ¡qué sarcasmo! cosa que él siempre había mirado con horror.

Fué allá en Madrid, concejal primero, diputado provincial después, diputado a cortes, luego.

Seguía la política pedagógica, como la más moderna y redentora, es decir, pensaba que para poder realizar las iniciativas nobles, para que el pueblo ayudara con plena y espontánea confianza a sus gobernantes, para toda solución beneficiosa al país, era preciso, indispensable, que estuviera este pueblo suficientemente preparado, educado sin apasionamientos, con una aspiración nacional; precisaba una enseñanza que no tuviera más punto de mira ni más interés que el perfeccionamiento del ciudadano, sin inclinarle hacia una filiación política ni a una determinada clase social, sinó que tendiera a unificar e in-

tensificar el verdadero amor a la Patria. Toda otra clase de política que no estuviera íntimamente relacionada con la antedicha, el doctor la renunciaba inhibiéndose de toda complicidad.

Había renunciado altas prebendas, probando su abnegación y sacrificio.

Era el Mesías del resurgimiento social, como solían llamarle sus amigos.

Tenía que luchar terriblemente con las grandes entidades e instituciones de la enseñanza partidista que, apoyadas muchas de ellas por los altos políticos venían siempre, dejando abandonada la verdadera escuela del pueblo, la Escuela Nacional, y era combatido por decirle al pueblo que debido a este estado de abandono, se realizaban ciertos negocios, explotando la inconsciencia de los niños y la vanidad, la rutina y el fanatismo de los padres.

El sentía y pregonaba las teorías del León de Graus: «Educación y despensa, instrucción y fomento»... Pero esto que él sentía, que tan ruidosos éxitos le proporcionaba en sus campañas, compren-

día que era difícil de llevar a una realidad inmediata. ¡Estaban aún tan distantes! ¡Había que recorrer tanto camino!

El pueblo estaba sin preparación. Ahí estaban patentes los casos de un Ministro, al que, en aquellos días, se combatía por haber presentado a las Cortes unos proyectos de fomento que eran útiles y prácticos para el país, pero ¿cómo consentirlo sus contrarios políticos? ¿cómo dejar triunfar a don Fulano? Los periódicos de la oposición trinaban en contra y el pueblo seguía ciego, rutinario e inconsciente a los que más levantaban la voz.

Había que luchar aún terriblemente contra la rutina, había que hacer sana opinión, era indispensable, y la semilla de esta opinión solo podía sembrarse en la Escuela Nacional preparando a los niños con todos los cuidados, haciéndolos ciudadanos conscientes, y desde los primeros años, que pobres y ricos, desde el más alto al más bajo se conociesen y tratasen en esa edad infantil que todo es amor y simpatía, evitando

así esa separación de clases que después degenera en odio y amenaza y pesa constantemente sobre la sociedad actual.

Esta misma escuela, que tan altos fines estaba llamada a prestar a la patria, aún era una verdadera vergüenza nacional. Establecidas estas Escuelas Nacionales, en habitaciones sucias e inmundas, locales que a los Ayuntamientos ya no les servían para nada (después de haber servido para todo) faltos de higiene y de material, sin luz ni ventilación, tenían que escribir los niños en algunas escuelas, en bancos en forma de ataúd, expuestos los alumnos a deformaciones y a enfermedades peligrosísimas.

Las aulas destinadas a Escuelas Nacionales, parecían más bien cárceles coercitivas que locales destinados para desenvolver misión tan sacrosanta y luego, al frente de estos establecimientos, personas cultas y de buena voluntad, cierto, pero ridiculizadas, solas, amargadas por el peso abrumador del

desprecio y de la indiferencia, de todo un país, que está contaminado del analfabetismo ambiente.

Aquel estado de cosas no podía continuar por más tiempo.

Afortunadamente, el pueblo, empezaba a presentir a su enemiga terrible, la incultura, y ansiaba su regeneración por medio de la Escuela Nacional, pero era un ansia, una energía que no sabía el mismo pueblo manifestar, y menos encauzar, que tropezaba y caía, hasta que se estrellaba, ante la mala voluntad, y las promesas incumplidas de los de arriba, de aquellos que tenían para la educación de sus hijos espléndidos palacios, sostenidos por donativos a millares y toda suerte de protecciones, sin meditar, que al crear en la infancia distinciones de clases, tenían que ser funestas para los mismos poderosos, el día de mañana.

Por eso Izaguirre, puesto ya en estos problemas, que al fin y al cabo eran también de higiene, de higiene moral, los defendería, trabajando por ellos con

así esa separación de clases que después degenera en odio y amenaza y pesa constantemente sobre la sociedad actual.

Esta misma escuela, que tan altos fines estaba llamada a prestar a la patria, aún era una verdadera vergüenza nacional. Establecidas estas Escuelas Nacionales, en habitaciones sucias e inmundas, locales que a los Ayuntamientos ya no les servían para nada (después de haber servido para todo) faltos de higiene y de material, sin luz ni ventilación, tenían que escribir los niños en algunas escuelas, en bancos en forma de ataúd, expuestos los alumnos a deformaciones y a enfermedades peligrosísimas.

Las aulas destinadas a Escuelas Nacionales, parecían más bien cárceles coercitivas que locales destinados para desenvolver misión tan sacrosanta y luego, al frente de estos establecimientos, personas cultas y de buena voluntad, cierto, pero ridiculizadas, solas, amargadas por el peso abrumador del

desprecio y de la indiferencia, de todo un país, que está contaminado del analfabetismo ambiente.

Aquel estado de cosas no podía continuar por más tiempo.

Afortunadamente, el pueblo, empezaba a presentir a su enemiga terrible, la incultura, y ansiaba su regeneración por medio de la Escuela Nacional, pero era un ansia, una energía que no sabía el mismo pueblo manifestar, y menos encauzar, que tropezaba y caía, hasta que se estrellaba, ante la mala voluntad, y las promesas incumplidas de los de arriba, de aquellos que tenían para la educación de sus hijos espléndidos palacios, sostenidos por donativos a millares y toda suerte de protecciones, sin meditar, que al crear en la infancia distinciones de clases, tenían que ser funestas para los mismos poderosos, el día de mañana.

Por eso Izaguirre, puesto ya en estos problemas, que al fin y al cabo eran también de higiene, de higiene moral, los defendería, trabajando por ellos con

toda la fuerza de su voluntad y de su ciencia.

Una tarde, en el Congreso de los Diputados, se comentaba con calor y elocuencia el rasgo patriótico de un importante donativo a favor de la enseñanza del pueblo.

Se trataba de un español enriquecido por laboriosidad, que convencido del valor de la enseñanza y educación nacional, legaba parte de su fortuna para montar una gran escuela-sanatorio, donde se atendiera al cuerpo y al alma de la niñez desvalida. Este gran patricio dejaba al Estado, una cantidad importante para que, inmediatamente y bajo la dirección de persona competente, se empezaran las obras de la Escuela. El Gobierno, consignó su reconocimiento por el rasgo de alto y positivo civismo, aunque no faltó quien creyera, que aquello era una gran estupidez, y se encargó con el beneplácito de la cámara, al doctor Izaguirre, la dirección, construcción y todo cuanto afectara a las obras del sanatorio-escuela.

Aceptó complacido, el doctor, el encargo de confianza que aquello implicaba y en cuestión que tanto se había interesado.

Se alejaría otra vez de las indignas luchas políticas, para sumir su espíritu en la placidez de una playa levantina, para llevar la redención a los niños, la curación material y moral y allí, una vez inaugurada la escuela, personalmente, con la práctica y la observación, estudiaría el tipo modelo oficial de la futura Escuela Nacional, con todos los adelantos y descubrimientos modernos, va que solo esta escuela, era capaz de preparar al pueblo para formar una *patria* de paz y de amor.

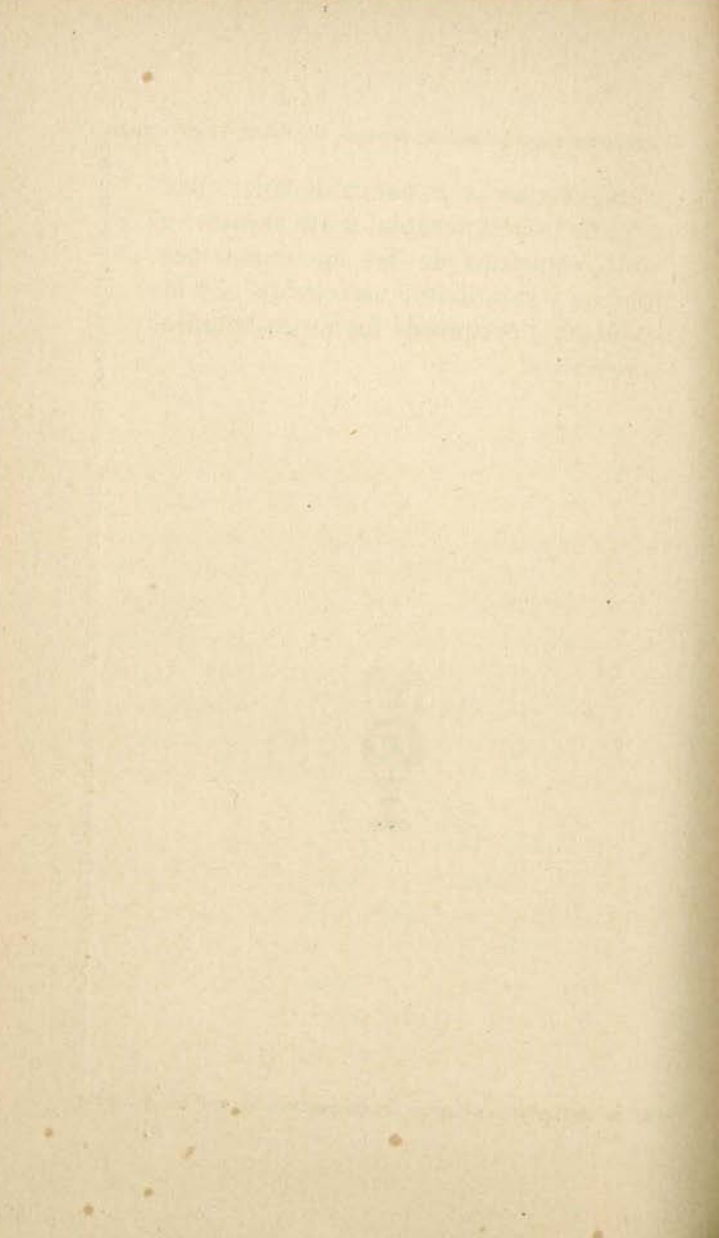
Consultó tratados, comparó las escuelas de unos y otros países, de aquellos países civilizados que la Escuela Nacional, había colocado a la cabeza de la civilización, y empezó, con la debida ayuda de personas técnicas, a levantar el plano del edificio.

Su escuela no adolecería de nada.

Pensó, que una de las causas principales del retraimiento de la infancia a la escuela, era debido a que los niños tenían que ganar algún dinero para ayudarse así mismos y a veces a los padres, tanto para la manutención, como para vestirse y, previniendo esto, se montaría un comedor escolar para que los niños pobres pudieran comer gratis y un ropero, donde vestir a los pequeños que por su pobreza no pudieran hacerlo en sus casas. Habría también en la escuela, un campo de experimentación agrícola, a fin de que el niño, por su propia mano, sembrara la semilla, la cuidara hasta verla transformada en planta y luego en fruto, despertando así la observación del alumno y fomentando al propio tiempo la afición al estudio de la agricultura, hoy tan necesitada de hombres que la amen y la comprendan. Establecería talleres para que los niños mayorcitos, y después de determinada la orientación profesional, se iniciaran en los oficios y por último, destinaría una gran terraza cara al Mare Nos-

trum, destinada a baños de sol, aplicación de la helioterapia, y allí respirar el yodo, emanado de las aguas marinas, tónicas y salutíferas mezcladas con las esencias y resinas de los pinos, tomillos y romeros.





MARÍA de la Luz, sentía ante la realidad, desfallecer en su espíritu todos los ideales que la vocación levantara antes de tomar posesión de la Escuela Nacional, en propiedad.

Ni padres ni autoridades respondían a sus requerimientos y súplicas en favor de aquella infancia desvalida, olvidada e indefensa. ¡Cómo aquellos niños, que eran la única esperanza del pueblo, estaban considerados como trastos, como estorbos! ¡Cómo podrían exigir cuentas al ser hombres de este abandono tan pronto tuvieran los niños pobres, uso de razón y se vieran atados al yunque de la ignorancia, para toda la vida...

Solo los niños, de las casas pudientes, tenían colegios particulares bien montados, que disfrutaban de gran fama, más que por los procedimientos pedagógicos empleados, por la clase aristocrática que acudía a ellos y, frente a estos colegios, todos los partidos políticos levantaban escuelas partidistas, que medraban a la sombra de la desamparada Escuela Nacional, colegios donde los hijos de los correligionarios, recibían la enseñanza que al partido le convenía que recibieran y que abusando los directores del fanatismo de los padres y de la ignorancia e indefensa de los niños, volcaban sobre los tiernos y vírgenes corazones de la infancia, lentamente, el odio a los contrarios, a los enemigos, a los que no pensaban como ellos.

La Escuela Nacional, ha sido y será siempre combatida por elementos contrarios a la unificación y al despertar del pueblo, porque el triunfo de la Escuela Nacional, sería el fracaso y la muerte de los que han de vivir del par-

tidismo, de los que les interesa, para sus fines políticos, que el pueblo viva dividido, ignorante, para poderlo combatir, dominar y vencer.

¡Cuándo los hombres se darán perfecta cuenta de que no debe existir más que una sola escuela, en la que, sin pasión de ninguna clase, se atienda exclusivamente a la debida preparación del niño, hasta hacerle consciente y útil para sí y para la sociedad! ¡Cuándo los hombres reconocerán y laborarán con entusiasmo por la proclamación de la Escuela Nacional, como única, como hija legítima del pueblo para formar, de la inocente y maleable infancia, un mundo de justicia y de amor!

Los obreros del campo, de la ciudad, los intelectuales, los patronos, todos se agrupan en sociedades legítimamente constituídas para defenderse y mejorarse. Solo los niños, siguen solos y abandonados a pesar de instituciones de relumbrantes nombres.

La pobre maestra, sentía de día en día la amargura de su fracaso, fracaso

que reflejaba, no solamente el estado actual de incultura y analfabetismo del pueblo, sino algo más grave. Expresaba, un porvenir tenebroso, puesto que, como al niño de hoy no se le atendía, las cosas seguirían así, hasta que Dios quisiera...

Hasta los padres de aquellas criaturitas que la maestra cuidaba con solicitud maternal, empleando con ellas las teorías modernas de la pedagogía, seguramente, imbuídas por malas voluntades, fueron a protestar, y a quejarse de la maestra. ¿Qué era aquello que no aprendían sus hijas? Esa maestra no trabajaba, todo el día se lo pasaban *jugando* los niños, levantando los brazos en posturas ridículas y haciendo pajaritas de p  pel. Aquello de la gimnasia y de los trabajos manuales para atender al músculo, al tacto y a la atención, eran m  sicas celestiales para aquella gente ignorante y desconfiada. Si no tenía ganas de trabajar, la se  oritinga, que se retirara de la carrera, y estaban dispuestas a no mandar a sus hijas a aque-

lla escuela. Vaya una manera de vivir robando y estafar al pueblo y mientras, al contribuyente, todos son a apretarle la argolla, con tributos y gabelas ¿Es que se creía la maestraica pedantona y fátua que allí no entendían de escuelas? La que más y la que menos conocía la labor de doña Fructuosa y la de doña Filomena; ¡aquellas sí que eran buenas maestras! Las niñas entraban en clase antes de las ocho y no salían hasta bien dadas las doce y sin parar un momento, siempre *trabajando*, aunque aquello que las pobres mujeres llamaban *trabajar* consistía en entonar un eterno y monótono sonsonete, o en repetir por milésima vez la tabla de Pitágoras, mientras el mugre de unas manecitas infantiles, robaba la nitidez a unos trapos, puestos en un bastidor, semanas interminables...

Aquellas quejas mortificantes, bochorrosas para la maestraica, llegaron al fin a ser denunciadas a la misma Inspección, denuncia, hecha más por mano anónima y envidiosa (quizás de la misma carrera) que por aquellas pobres

mujeres incapaces de recurrir en forma a nada serio y beneficioso. Para un pueblo así, no había redención posible.

Había perdido María de la Luz, toda esperanza en su obra salvadora de educación y era su sentimiento de profunda amargura por estrellarse toda tentativa hacia la escuela de mejoramiento. Las mejores y más puras iniciativas se perdían, cuando no en la inmensidad del vacío, entre odios y envidias contra ella. Solo el recuerdo de aquel hombre que la quiso bien, la consolaba y la inundaba de estoicismo, para proseguir aquel camino de soledad y de punzantes espinas. Era su vida, como el caminante que muere de sed al borde de una cisterna inaccesible. ¡Qué podía hacer ni esperar!

Muchas veces pensó y hasta escribió para consultar su caso a aquel hombre que la inició a conocer el más alto concepto del arte y del deber, de la abnegación y del sacrificio, que la había hecho compenetrar en las obras de patriotismo humano y positivo, pero otras tantas

veces, después de escritas páginas interminables, había roto los escritos considerando una sarcástica ironía, el acudir al hombre que ella misma había despreciado y ofendido.

Ella evocaba, a cada instante, los cotidianos paseos por Torrenostra, aquel punto pintoresco de marinería andante, con sus variadas notas de color, desde el vivo color amarillo de las bayetas de los marineros, hasta el verde intenso y el encarnado punzante de las barcas, enclavadas en la arena, formando una diminuta escuadra y, a cuya sombra, infinidad de mujeres desenmarañaban las jarcias preparándolas para la próxima pesca.

Todo pasaba ante su imaginación, y su espíritu revivía aquel pasado que la ilusión doraba su vida llenándola de luz y esperanza.

EN la playa de Torrenostra, y entre una frondosa pinada que besa las rizadas aguas del mar poético, una legión de obreros trabajan sin descanso levantando un edificio soberbio.

Tocan a su fin las obras y el doctor, que no se ha separado un momento de allí, dirigiendo aquellas, con solicitud de enamorado, está muy satisfecho.

También le han confirmado, al doctor Izaguirre, los poderes para que lo disponga todo e inaugure la escuela cuanto antes y que, del personal del Estado, elija al que ha de actuar bajo su dirección. Estos nombramientos, precisa que recaigan en personas de reconocida vocación y altos conocimientos, y él, el doctor, desde el primer momento, sueña para Directora, con María de la Luz.

Un día la maestra recibió, por conducto de la Sección administrativa de

Primera enseñanza, un oficio, en el que el Director General del ramo, la proponía para la Dirección de un Grupo Escolar y que entre otras cosas decía: «Atendiendo a las especiales condiciones que en Vd. concurren...» María de la Luz, creyó morir de alegría. Aquello equivalía a su salvación, en un pueblo irredento.

Pronto cundió la noticia de que la maestra se marchaba. El semanario del pueblo titulado «El Faro de Amora», al despedir a la maestra decía: «el Gobierno de S. M. ha propuesto por méritos excepcionales, a la señorita María de la Luz...» y terminaba la gacetilla ensalzando el triunfo de la maestra.

El pueblo fijó entonces en la maestra su veleidosa atención y el mismo día que se fué la maestra, para no volver nunca, ¡jamás! a Amora, los amoreños, empezaron a reconocer en aquella mujer, a una jóven simpática, inteligente, a una imponderable virtuosa y a una maestra insustituible..... ¡pero ya era tarde!

LA Escuela-sanatorio que legó al pueblo español un hombre de positivo amor a España, se ha inaugurado. En él se refugian cincuenta niños y otras cincuenta niñas que reciben, lo que como niños tienen verdadero derecho a recibir; alimentos sanos y abundantes, cuidados, instrucción, educación. Los directores de esta institución, Emilio Izaguirre y María de la Luz, trabajan con afán por aquella infancia y los niños corresponden a este amor queriéndoles como a verdaderos padres... De sus nacientes y vibrantes facultades que miden, armonizan y fomentan, van formando caracteres, van haciendo hombres, forjén ciudadanos...

Por las tardes, cuando las tareas del colegio terminan, salen de paseo con los niños, por el monte o por la playa y ellos los siguen enamorados de su obra. Van arrancando juventudes a la muerte para darlas a la sociedad salvas, libres, fuertes.

Hoy ha sido un día espléndido, como aquel de antaño. Quizás por esta circunstancia, sin saber por qué hoy más apreciada que otras tardes, el doctor, al retorno del paseo le ha dicho unas palabras a María, y ésta se ha puesto encarnada como una amapola.

—¿Te acuerdas, Mariita, qué torpe anduve la tarde aquella que te hablé de amor, por primera vez?

María de la Luz, ha bajado la cabeza y ha suspirado. Sonríe, y no obstante sus ojos se humedecen.

—Yo también estuve torpe, Emilio; jamás sentí tanta amargura; creí aquel día, que te había perdido para siempre...

Izaguirre, es feliz.

...María de la Luz, era la misma; franca, ingénua, sincera; como él la amaba, como él la quería.

AQUÍ termina este boceto de novela pedagógica, escrito exclusivamente para la propaganda de la Escuela Nacional, hoy aún tan lejos de comprensión y por consiguiente de cariño, por parte de nuestra sociedad.

El pueblo de Amora, como los personajes que intervienen en este boceto son supuestos, nadie debe molestarse, son hijos exclusivamente de millares de pueblos que se han portado mal en todo cuanto se ha relacionado con la escuela y el maestro.

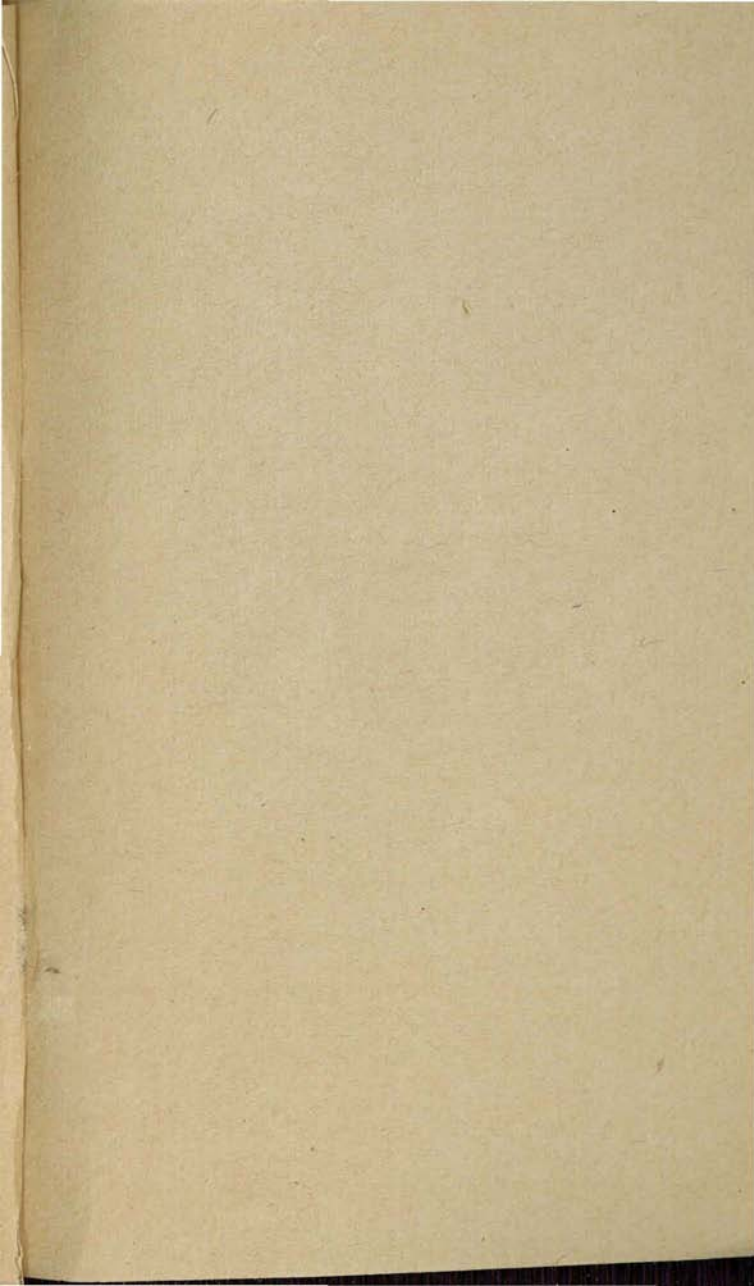
Afortunadamente, parece que la Escuela Nacional entra en período de resurgimiento práctico, gracias al interés que demuestran los que hoy rigen nues-

tros destinos, seguramente convencidos de esta necesidad imprescindible y social para hacer una patria gloriosa.

Pongamos, pues, todos los amantes del progreso, un poquito de nuestra parte, para unificar el sentir del pueblo y de las autoridades, y nuestra Escuela Nacional, triunfará como merece.

José María García Vilaplana

Playa de Torrenosta, Agosto 1924.



Encuadernaciones
BALLESTER